

La Cueva de Don Joaquín

Carlos Luis Sáenz

¿Qué amigo, qué discípulo no conocía la casa de don Joaquín y su oficina, consultorio gratuito para escritores, maestros y estudiantes?

Esa casa quedaba en la Avenida Segunda (por entonces sin ensanchar) entre las calles nones Quinta y Séptima.

Durante varias décadas, —cuatro, tal vez cinco—, y hasta su muerte, don Joaquín García Monge ocupó junto con su familia, —su señora madre, la señora esposa, su hijo y el *Repertorio Americano*—, esta casa que, por cierto nunca llegó a ser de su propiedad.

No ofrecía particular interés el panorama de la Avenida, visto desde la casa del Maestro: al oeste de ella se tiene uno de los pocos edificios artísticos de la ciudad: el Teatro Nacional; al sur, en la cuadra de enfrente, sobresaliendo de las techumbres de tejas de unas casas de adobes, bien pasaditas de época —como también lo estaba la del Maestro—, se veía la torrecilla pretensiosa de aquel observatorio singularísimo, instalado, (¿sólo para la ciencia y el uso de don Juan Rudín y de don Pedro Nolasco, el del almanaque?), en el Museo Nacional. El pintoresco museo de don Anastasio Alfaro, tan a la "tica", tan democrático, tan popular, tan acogedor y grato para los visitantes curiosos.

Dos puertas angostas, una al lado de la otra, ambas practicables, las de la casa.

Si a nuestro llamado, golpeando discretamente con los nudillos, se abría de una sola hoja, y salía la señora de la casa, veíamos tras ella un limpiísimo zaguán.

—Buenas tardes, señora. ¿Está don Joaquín?

—Buenas tardes. Un momento; voy a ver.

Y de vuelta la señora:

—No está. Anda en el correo dejando el *Repertorio*.

¡Qué lástima! Esa era tarde fallida, pues ya no teníamos oportunidad de platicar con don Joaquín. Tristones, nos volvíamos para Heredia, en el tren de las cinco, vivas nuestras inquietudes de estudiantes, insatisfechas, punzadoras, nuestras ambiciones de literatuelos incipientes, ávidos de consejo y de estímulo que habíamos ido a buscar en quien sabía y siempre quería aconsejar y alentar.

En la otra puerta, también de una sola hoja, arriba, a través de unos vidrios rectangulares, a modo de pequeña ventana, se podía ver parte de una estancia oscuroncita, ocupada por estanterías con libros y libros y con colecciones de ejemplares del *Repertorio Americano*.

Esa era la puerta de la pequeña oficina del Maestro. ¿Oficina? Mejor, salita, estancia parva, o cueva; como la cueva del sabio y astuto nigromante, don Illán de Toledo, en el ejemplo décimo primero de *El Conde Lucanor*.

En los vidrios de la puerta solíamos hallar un discreto cartel manuscrito; unas veces decía:

—He salido. Volveré.

REPERTORIO AMERICANO

Universidad Nacional.

Instituto de Estudios Latinoamericanos
y
Escuela de Literatura y Ciencias del
Lenguaje.

Heredia, Costa Rica.

Co-directores:

María Rosa de Bonilla

Isaac Felipe Azofeifa

Comité de Redacción:

Dr. Chéster Zelaya,
Director del Instituto de Estudios La-
tinoamericanos.

Licda. Julieta Pinto,
Directora de la Escuela de Literatura y
Ciencias del Lenguaje.

Lic. Carlos E. Aguirre

Dr. Rolando Mendoza

Lic. Carlos Ramírez

Administración y Canje:

Instituto de Estudios Latinoamericanos,
Apartado 86 - Heredia, Costa Rica.

Viene de la página primera

Aviso urbano de gran cordialidad con que el Maestro, sabiéndose tan solicitado y buscado, excusaba su temporal ausencia. Aviso que, para quienes conocíamos la índole generosa de don Joaquín, bien podía interpretarse así: "Amigo que ha venido a llamar a mi puerta, discúlpeme usted; acabo de salir. ¿Puede esperarme? No tardaré en estar de vuelta y, a sus órdenes".

Otras veces el cartelito rezaba lacónica, simple y definitivamente: "Salí".

Cuando no encontrábamos ningún aviso llamábamos sin más ni más. ¡Sésamo, ábrete!

Unos pausados pasos adentro, acercándose a la puerta. ¡Y allí teníamos al amigo y al maestro! Raro que no mostrara buen semblante, sonrisa acogedora, palabra rica de bienvenida.

—¿Qué tal, don Joaquín?

—Bien, amigos. Pasen. Tomen asiento.

Y él también tomaba asiento delante de la mesa de trabajo en actitud de aceptar la visita y el diálogo moroso, sosegado.

Allí teníamos a don Joaquín y nos sentíamos muy a gusto con su trato, tan llano, sin pensar, las más de las veces, que aquel don Joaquín era, ni más ni menos, que J. García Monge, Editor de *Repertorio Americano*, Benemérito de la Patria, eminente ciudadano de Hispanoamérica, creador de *El Moto* y de *La mala sombra*.

Durante años en nuestras visitas renovadas, siempre fue el mismo: no nos pareció nunca que fuera envejeciendo.

Su estatura, mediana; complexión robusta. Amplia, despejada la frente; el rostro de sano color sonrosado; sin bigotes ni barba. Los ojos vivos, de muy noble mirada. Sencillamente trajeado. En la "cueva" para hacer su oficio usaba "gabacha" blanca, cuando, sentado a la mesa escritorio, calados los anteojos, pluma en mano, se entregaba a la tarea de corregir las pruebas de algún número de su *Repertorio Americano*. Parecía entonces un cirujano atento al proceso de una operación delicada. Chispeaban los círculos de los anteojos reflejando relumbres de un foco eléctrico suspendido en el centro de la estancia. En la mesa escritorio, siempre, siempre, papeles, manuscritos e impresos; gomera, tijeras, —las de recortar, sastre de ideas—; fajas de papel, cáñamo, todo para "armar" las páginas de su quincenal revista. A veces, en tardes neblinosas, húmedas, frías, con asom-

bro del niño vecino que venía en busca de un cuento, el Maestro se cubría la cabeza con una negra e imponente boina vasca, que había traído de España, cuando allá estuvo invitado por el Gobierno de la República. Con la boina puesta, ¡sí que se parecía a don Illán de Toledo!

Cueva de magia esta salita donde con inteligencia, con buen gusto, con amor a la patria, la pequeña y la grande; sin miedo al curso constante de las ideas, el Editor del *Repertorio Americano* fue componiendo, durante décadas, con abnegación ejemplar, los cincuenta volúmenes de su revista.

Una tarde, a esa de las cinco y media, de paso entramos a saludar a don Joaquín. Apenas acabábamos de tomar asiento cuando nos dijo: "Acaba de irse José Eustasio Rivera. Mañana, muy temprano seguirá viaje en avión. Precisamente estuvo sentado en esa silla que usted está ocupando".

Hoy nos ponemos a recordar las personas, notables y no notables, los extranjeros y los nacionales que estuvieron a visitar a don Joaquín en esta salita. Difícil resulta hacer la lista completa; ¡fueron tantos! Recordamos: Gabriela Mistral, José Vasconcelos, León Felipe, A. Nieto Caballero, Froilán Turcios, Carmen Branon, Salarrué, Haya de la Torre, Salomón de la Selva y, más, muchos más.

De los nuestros, de las "viejas" generaciones: don Cleto González V., Magón, Justo Facio, R. Fernández Guardia, Anastasio Alfaro, J. M. Alfaro Cooper, Roberto Brenes Mesén, José Fabio Garnier, etc., etc.

De otras generaciones posteriores y de las de ayer no más: Omar Dengo, Carmen Lyra, R. Sotela, Luis Dobles S., Vincenzi, Albertazzi; y luego, Rafael Estrada C., León Pacheco, Max Jiménez H., Isaac F. Azofeifa, Yolanda Oreamuno. Lista muy incompleta, porque faltaron Fernando Luján, Arturo Echeverría L., Cardona Peña, y ... y ...

Para todos sus visitantes, niños, jóvenes o viejos, don Joaquín tenía siempre un librito: ("En su rincón con un librito", mote en una de sus ediciones) de la colección "Ariel", o de la colección "El Convivio"; era su obsequio amistoso. Todos se lo agradecíamos; pero alguna vez, entre los que lo buscábamos en petición de dones de su saber que nos enriquecieran, hubo el infaltable discípulo mal agradecido, para el cual, a semejanza de don Illán de Toledo, el Maestro mandó que no pusieran a cocinar perdices para la cena.

Tercera salida del "Repertorio"

Isaac Felipe Azofeifa

El *Repertorio Americano* es un nombre venerable en las letras de nuestro continente. Andrés Bello lo creó en Londres en 1826. Después de los primeros cuatro números ese título quedó suspendido en el aire como una bandera, como un reto. Un siglo después, el oscuro maestro de un todavía más oscuro país de Centro América recogió el desafío y con el nombre otra vez de *Repertorio Americano* lanzó un cuadernillo mensual de escasas veinte páginas. Este oscuro maestro se llamaba Joaquín García Monge. Veinticinco años más tarde, *Repertorio Americano* seguía siendo el mismo cuadernillo mensual de veinte páginas, pero recorría los caminos en todas direcciones, repartiendo voz de España y de América por el mundo. El último día de octubre de 1958 murió aquel singular director del *Repertorio*. ¿Querría don Joaquín que su obra muriese con él? Todo lo contrario, según veremos.

Echamos hoy a andar de nuevo la revista con el mismo nombre, y con los mismos propósitos generales que animaron la obra, primero de Bello, y de García Monge después. Para su intento de Londres escribió Bello:

"El *Repertorio Americano* seguirá puntualmente el plan... en cuanto a dar lugar preferente a todo lo que tenga relación con América. En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias y de completar su civilización".

"Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos y el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente americano".

"Hasta que llegue la época dichosa en que la América... vuelva con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado, y llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad".

Y, comentándolo, García Monge a su vez describe su programa:

"Nuestro modesto e incompleto *Repertorio* —trabajamos muy solos— tiene en el de don Andrés Bello una tradición respetable, un ejemplo y una guía que seguir. Algo de lo que en el antiguo se hizo tratamos de hacerlo nosotros. Por lo demás, otras preocupaciones nos llaman urgentemente en estos días; el problema de las futuras relaciones de la América sajona y la latina, la realización de la anficiónía hispanoamericana con que soñara el Padre Bolívar, la creación de fuertes vínculos espirituales entre las cuatro Españas y los países latinos del Mediterráneo. ¡Hay tarea para tantos, si quisieran trabajar! Por lo pronto, los claros varones de la estirpe americana, —y Bello es uno—, desde el cielo de nuestra América vigilan, listos para la acción, porque hay mucho que hacer todavía".

Qué tremendo ese grito callado de García Monge: ¡Trabajamos muy solos! Pero el gran americano que en él había, termina con una invitación: ¡Hay tarea para tantos, si quisieran trabajar! ¡Hay mucho que hacer todavía!

La Universidad Nacional ha fundado la Cátedra García Monge en el Instituto de Estudios Latinoamericanos. Ha obtenido los derechos de *Repertorio Americano* por la mano generosa del Dr. Eugenio García Carrillo, heredero del gran costarricense, y con este número pretende poner en marcha el viejo propósito de muchos hombres de cultura admiradores de don Joaquín: volver a sacar en Costa Rica el *Repertorio Americano*.

Don Joaquín tomó el nombre que había creado Bello y empezó a trabajar. Incluso, es muy posible que al crear su revista no tuviera presente el programa de Bello, tan racional y romántico al mismo tiempo. Por esto, don Joaquín llama al de Bello "el otro *Repertorio Americano*" cuando ocho años después de haber iniciado su publicación, explica con el estilo "oral" que le es peculiar:

"Del otro *Repertorio Americano*, el de don Andrés Bello, como si dijéramos, no les hemos hablado antes a nuestros lectores. Vamos a hacerlo. De los cuatro tomos del antiguo *Repertorio*, un amigo nos ha puesto en nuestras manos el primero, tercero y cuarto".

Ni don Joaquín pretendió igualar o imitar a Bello, —se lo impedía la distancia de un siglo de historia americana— ni nosotros pretendemos igualar a don Joaquín. Cada cosa en su tiempo. Nuestro *Repertorio* se publicará como cuaderno, en el mismo formato del de García Monge. Y aquí termina la semejanza. Nadie podrá nunca igualar, ya que no superar, la fina percepción del gran editor que era don Joaquín, para elegir el artículo preciso entre los que acudían a su mesa de trabajo. Puestos en la época que vivimos, parece necesario traer a estas páginas las grandes figuras literarias y científicas de nuestra habla. El enorme valor documental presente del *Repertorio* está en que grandes escritores del mundo europeo y americano de su tiempo convirtieron la revista de García Monge en tribuna de su pensamiento.

Por otra parte, nuestro tiempo tiene otro signo. Las revistas ya no son obra de una sola persona, sino de una institución, un círculo especializado, una empresa publicitaria. La

revista de hoy, por tanto, no lleva el sello de una personalidad única, responsable de todos y cada uno de los artículos, en cuanto ella es individual garantía de la elección del material publicado. En esta tercera etapa, *Repertorio Americano* responderá al propósito de órgano de una Cátedra y publicación de un Instituto Universitario: el tema americano, que ayer vivió en pluma de pensadores, hoy es objeto de las ciencias sociales, políticas, económicas, literarias. Los tres premios Nóbel y una narrativa que ha sorprendido al mundo contemporáneo, señalan ya el momento que Bello preveía en 1826: América es, —su pensamiento, sus hombres, su literatura y artes, —por primera vez— en palabras de Carlos Fuentes—, un hecho universal.

Aquí está el primer número de la tercera época del *Repertorio Americano*, y sale en esta fecha como homenaje a la memoria de García Monge, en el mes y día de su muerte.

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO DECENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CIA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 1º DE SEPTIEMBRE DE 1919

Nº 1

SUMARIO

Las euménides. Por LEOPOLDO LUGONES.
Vida - garfín. Por JUANA DE IBARRU.
Alegria del mal ajeno. Por MAGÓN.
Reflexiones de la guerra. Por OCTAVIO JIMÉNEZ.
Los patillos. Por OSMAR DENGÓ.
Evolución. Por JOSÉ UMAÑA BERNAL.
Una nueva ruta comercial a la América Latina. Por A. M. BRACE.
La política pedagógica de la Federación Obrera Norte-americana.
Con los Andes y Eñifera.
Cuba Rica en el exterior.
Correspondencia.
Notas y Documentos.

Las euménides

(Londres, enero de 1913).

PARCE que después de las varias crisis efectuadas y resueltas por el finado señor Canalejas dentro del partido liberal, las dos últimas producidas y liquidadas en igual forma, han colmado la paciencia del partido conservador de España, cuyo jefe renuncia al mandato legislativo para retirarse a la vida privada. El partido se declara, a su vez, en disolución, y llueven por docenas las renuncias de los puestos parlamentarios con que contaba. Este hecho sin precedentes en la política europea añade una más a las ruidosas caídas que durante los últimos cuatro años han llamado la atención del mundo: destronamiento del rey de Portugal y del emperador de la China; expulsión de Porfirio Díaz y de Cipriano Castro...

Faltaba el señor Maura para ratificar una vez más el fenómeno de que no obstante la reacción clerical y militarista, iniciada por los gobiernos hace precisamente esos cuatro años, asistimos con más o menos condimento de violencia a una constante ejecución de tiranos.

Este triunfo de la opinión que no gobierna, ni por acción directa ni por medio de representantes, al ser la plebe anónima constante y absolutamente

despreciada o aborrecida por los políticos —salvo el trance fugaz de la candidatura en cuyo momento es Pueblo Soberano— significa una confirmación tan evidente de las ideas enunciadas en estas cartas durante dos años, que el lector benévolo me permitirá advertírsele sin mayor insistencia, así como ha tolerado ya que por una vez comente desde Londres un asunto español, si bien éste se relaciona mucho también con la política inglesa.

Los diarios conservadores han comentado, en efecto, la caída del señor Maura, con una displicencia que indica a dos leguas el remojo de la barba propia; y naturalmente, los liberales, empezando por la ministerial «Westminster Gazette», que replica al «Times» con tanta eficacia como soltura, hicieron la filosofía del asunto comparándolo con la crisis del unionismo, al fin resultante de igual fenómeno: el medio cada vez más hostil al principio de autoridad o dogma de obediencia, representado por los conservadores en su máxima plenitud.

No necesito advertir que este último corre por mi cuenta, pues la venerable gaceta no lo diría nunca; pero es que ahí se encuentra precisamente el origen del fenómeno, su importancia trascendental. El señor Maura representaba con la integridad de un tipo el principio de autoridad; su método político era la perfección del arte de gobernar, que solamente los conservadores poseen, al ser los únicos gobernantes lógicos con el principio fundamental del gobierno: la imposición de reglas de conducta (leyes) por medio de la fuerza. El lo reunía todo: era monárquico cerrado, clerical, militarista, autoritario, gran orador, gran talento, gran carácter, y también político habilísimo, hasta el extremo de que siendo todo eso, organizó también en España el voto obligatorio, vale decir, el colmo de la soberanía popular. No creo que los admiradores del señor Maura me rectifiquen. Lo soy a mi vez, en cuanto al hombre respecta. El rey ha perdido con él la mitad de su capital político. Quizá más de la mitad. ¿Por qué y cómo ha caído, entonces, el señor Maura?

El señor Maura ha muerto de perfección. Por ser, precisamente, el tipo perfecto del gobernante, cae vencido sin ataque directo en un medio mortalmente hostil. Así se fueron y siguen

yéndose a la anulación irremisible las grandes fieras del bosque, aquellos fuertes de la garra atroz y del diente carnívoro, que los filósofos y los sabios de pacotilla, falderos de los políticos, nos presentan como predestinados a triunfar por la suprema razón de su propia fuerza. Pero no es así. Esas máquinas terribles, azotes de la vida, son monstruos de suyo. Mientras aquélla, desde el fondo de las edades, a través de los cataclismos, se prolonga hasta nosotros bajo las formas amables del insecto alado, del molusco parlante, del zoolito florido, las fieras enormes han desaparecido cuando resistieron en la integridad de su ser, o han debido transformarse, para subsistir, en crasos pajarracos, limados mansuales o desdentados arañadillos. Exactamente como el gobierno, o sea la fuerza monstruosa en transformación, pasa de los ferros autoritarios del conservatismo, a los liberales capituladores y blanduzcos. He dicho más de una vez que la civilización, en evolución paralela, o mejor dicho, concéntrica con la naturaleza, uno de cuyos fenómenos es, tiende a suprimir la fiera. Ahí están la historia, los museos de paleontología. También las leones, los tiburones del mundo actual, marchan rápidamente a su fin como va por el mismo rumbo la fiera humana, llamado general ministro o baquero.

Pero la caída que comento, es todavía más interesante si se piensa en sus ejecutores. Naturalmente, la pretendida disolución del partido conservador, es mero rito deprecatario para realizar las exequias de su grande y único muerto. Hay que rasgar las vestiduras y cubrir de ceniza la cabeza, sin perjuicio de seguir viviendo. El mismo «harikiri» del señor La Cierva, anunciado con hondo clamor, resultará también un símbolo. Eso se lleva cada vez menos, hasta en el Japón. No, ahí no cuentan sino un muerto, bien que éste resulte ser el más importante. Ya he dicho por qué. Ahora veamos cómo.

El nombre del primer causante, está, desde luego, en todos los labios: es Ferrer. Desde que el señor Maura suprimió a ese maestro de escuela, en quien, como todos los ilustres del conservatismo, creyó matar una hercúlea aspiración —el ateísmo y la fía, la tad— no ha hecho sino tropezar sobre sus pobres huesos. Ferrer le oía digu-

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

San José, Costa Rica

1958

Mayo

Nº 5

Año 36 — Nº 1185

Mis Recuerdos de Juan Ramón Jiménez

Por Luis Alberto SANCHEZ
(Envío del autor)

Mis primeros recuerdos de Juan Ramón Jiménez datan de 1916; mi conocimiento amistoso de él, sólo de 1951. Lo primero se lo debí a mi amigo Eloy Espinoza Saldaña, con quien no he saldado aún tal cuenta; lo segundo, a mi mujer.

Los Días de «Colonida»

En 1916, estaba de moda el Paseo Colón, en Lima. Por la tarde, hacia la hora del vespertino, se poblaba de carruajes y peatones. Naturalmente, nosotros, los estudiantes estábamos entre los últimos. Cerca, como antesala, brindaba la sombra de sus viejos ficus y sus bancas rústicas, en torno a un Neptuno imbatible, el Parque de Neptuno. Allí se reunían Valdelomar y sus admiradores y compañeros a cambiar frases ingeniosas, lecturas de cuentos y poemas, planear revistas literarias y divulgar chismes políticos. Me debatía en una intensa fiebre literaria. Lefía como un desesperado, todo cuanto caía entre mis manos. Eloy, hermano de Adán, que hizo famoso el seudónimo de «Juan del Carpio», nos llevaba la ventaja de disponer de la selectísima biblioteca de aquél. El fué quien nos dio a leer «Arias tristes» y «Jardines lejanos», en unas ediciones pulquérrimas, en cuyas primeras páginas se registraba una pieza musical. Ahí aprendimos el sortilegio de los «malvas», «rosas», «resedas», «sparques», «alamedas», «lunas», «pianos», «boscajes», que alimentaban los ensueños de Juan Ramón. Era el año de la muerte de Rubén Darío, de que nos alivió la presencia de Jiménez. No lo habría éste pedido mejor: cruzarse en el camino de Darío, a quien amó tan tiernamente y a quien celó sin duda. Desde entonces tuve en los oídos y la retina la vaga música y los suaves paisajes de Juan Ramón Jiménez.

Sorprendió la muerte a don Joaquín García Monge el 31 de Octubre 1958 a los 77 años de su vida.

Devotamente ponemos en sus manos la última selección de lecturas que el Maestro «hasta el fin de sus días» compuso para los lectores que en tantos sitios apreciaron su original y esclarecida guía.

Sin par «Promotor de Cultura» fué!

El presente tomo se terminará con un número especial el 20 de Enero 1959, aniversario de don Joaquín, editado por su hijo.

E. G. C.

J. R. J. en Puerto Rico

En 1951, profesaba yo en la Universidad de Puerto Rico. El Rector Benítez, el mismo que, con fineza ejemplar me anunció por cable el deceso de Zenobia, primero, y de Juan Ramón, después, nos había anunciado como inminente la llegada del poeta. Nos habíamos cruzado en Buenos Aires, sin vernos, dos años antes. Como Juan Ramón era tan difícil, tan delicado y áspero a la vez, y como yo dispongo de cierta capacidad de premonición, me parecía que no íbamos a simpatizar. Creo que no me equivoqué del todo. Pero, mi mujer, por intermedio de Zenobia, de quien fuera amiguísima, nos acercó. Fuimos jun-

tos a verle, una tarde en su casita de Santurce. Estaba Juan Ramón de blanco: traje, camisa, corbata, rostro y, aunque tachonada de ceniza, las barbas. Los ojos brillaban profundos y penetrantes. Ojos de niño, añejados. Nos ofreció una bebida fresca que él mismo fue a traer de la refrigeradora, mientras Zenobia disponía de otro agasajo. Hablamos de América, claro. El me dijo que nuestro mejor descubrimiento literario seguía siendo para él, la prosa modernista y el cuento. Yo le referí que estaba en conversaciones con Jorge Mañach y con Carlos Bousoño, indistintamente, para hacer una antología del ensayo y de la prosa literaria modernista, respectivamente. Aplaudió la idea, con sus naturales retencencias. Como decía un amigo común: «Cuando Juan Ramón hablaba mal de algo, lo hacía muy bien». Lo hizo optimamente.

Después nos tratamos más. Zenobia acudía a menudo por mi barrio, para irse de compras con Rosa, y se entretenían en hablar de las mil cosas inaccesibles de que suelen hablar las mujeres. De cuando en cuando Juan Ramón, que acompañaba Zenobia en el auto que ésta guiaba, me daba audiencia. Lo hacía con dulzura y señorial. Empezamos a ser amigos.

La Muerte amiga

Pero, Juan Ramón vivía obsesionado por la idea de la muerte. Eso tenía muy larga data. Don Luis de Zulueta, que le conoció en Madrid, allá por principios de siglo, es decir, cuando el poeta tenía veinticinco años me refería que ello fué en el consultorio de un médico, al que el joven recién llegado de Moguer y de París, iba a consultar a propósito de una real o supuesta enfermedad al corazón, de que mentalmente no se curó jamás. Una de las más peregrinas anécdotas de Jiménez se refiere a esa obsesión suya, y a la presencia en su Casa de Huéspedes de la Universidad de Puerto Rico, del poeta y filósofo chileno Luis Oyarzún. Pero habrá tiempo de referirla. Mientras tanto, Zenobia desmejoraba. Mi mujer me dijo un día

Primera página del primer número del *Repertorio Americano* editado por don Joaquín García Monge.

Primera página del último número del *Repertorio* preparado por don Joaquín.

El Otro "Repertorio"

Joaquín García Monge

Rep. Am. 39:357, 1942

(Reproducimos estas notas, no completas, como ya se habían publicado en el N° 1 del tomo VIII del *Rep. Amer.*, en marzo de 1924).

Del otro *Repertorio Americano*, el de don Andrés Bello, como si dijéramos, no les hemos hablado antes a nuestros lectores. Vamos a hacerlo.

De los cuatro tomos del antiguo *Repertorio*, un amigo ha puesto en nuestras manos el primero, tercero y cuarto. (*)

... Se publicó el *Repertorio Americano* de octubre de 1826 a agosto de 1827. Alcanzaron a salir cuatro entregas trimestrales de 300 y pico páginas en 4° cada una.

La publicación se hizo en Londres. ¿Por qué? Bello mismo nos lo dirá:

"Pero Lóndres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican i

(*) El *Repertorio Americano* de Bello se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional. Es el que perteneció al finado don Manuel María de Peralta.

EL

REPERTORIO AMERICANO.

PROSPECTO.

Años ha que los amantes de la civilización americana deseaban la publicación de una obra periódica, que defendiese con el interés de causa propia la de la independencia i libertad de los nuevos estados erijidos en aquel nuevo mundo sobre las ruinas de la dominación española: de una obra que, fuera de tratar los asuntos literarios mas apropiado para despertar la atención de los americanos, concediese un lugar preferente a su geografía, población, historia, agricultura, comercio i leyes; extractando lo mejor que en estos ramos diesen a luz los escritores nacionales i extranjeros, i recojiendo tambien documentos inéditos. ¿Cuántos de estos, por la falta de proporciones para publicarlos en América, yacen sepultados en las arcas de los curiosos? ¿Cuántos perecen en manos de la ignorancia i la desidia, defraudando a la patria de noticias útiles, i a sus autores de la alabanza i gratitud públicas? Una obra como la que hemos indicado, al paso que conservase estas producciones interesantes, contribuiría probablemente a multiplicarlas; i cuando no se esperase recojer de ella otro fruto, creemos que este solo debería recomendarla a todo americano ilustrado, que amase la gloria i el adelantamiento de su patria.

En el estado presente de América i Europa, Lóndres
VOL. I. 1

Primera página del primer número del *Repertorio Americano* de don Andrés Bello.

fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es mas audaz la investigación, mas libre el vuelo del ingenio, mas profundas las especulaciones científicas, mas animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reúne las riquezas de sus vecinos; i si en algún ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invención o de la perfección, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos mas esencialmente útiles al hombre i que mas importa propagar en América. (Subrayamos nosotros y seguimos la ortografía del texto).

... Recordemos con gratitud a los editores que le ayudaron a Bello en la noble empresa: los Sres. Bossange, Barthes y Lowell, libreros en Londres, y Bossange padre, en París.

MISCELANEA

HISPANO-AMERICANA

DE

CIENCIAS, LITERATURA I ARTES:

OBRA ESPECIALMENTE DIRIJIDA A DAR A CONOZER EL ESTADO I A PROMOVER LOS PROGRESOS DE LA INSTRUCCION EN HISPANO-AMERICA.

CON CINCO LÁMINAS FINAS.

TOMO IV.

Contiene la Obra, entre otros interesantes Tratados, los siguientes:

NOTICIAS ESPECIALES DE AMÉRICA.

Colección de efemérides o fastos americanos por D. Juan García del Río. Estado anterior i actual de la instrucción pública en América, por D. Andrés Bello. Cuadro histórico de la Revolución de Colombia, por el mismo. Apuntaciones sobre la Revolución de Chile, por el mismo. Descripción de las cascadas del río de la Plata, por el mismo. Descripción de las Cordilleras de la América meridional, por el mismo. Producciones de Cochabamba, por el mismo.

FILOLOGÍA, CRÍTICA, BELLAS LETRAS.

Bibliografía española, antigua i moderna con la noticia mas completa que se conoce sobre los libros de Caballería, por D. Vázquez Salva. Observaciones sobre el antiguo teatro español, por D. Pablo de Mendibíl. Oríjen i progresos del arte de escribir por D. Andrés Bello. Juicio de las obras del P. Navarrete, poeta mejicano, por D. Pablo de Mendibíl. Sobre las etimologías i ortografía castellanas, por D. Andrés Bello. Crítica de los dramas del Sr. Gorostiza, escritor Veracruzano, por D. Pablo de Mendibíl. Observaciones sobre un concordato entre Roma i América, por el mismo. Observaciones sobre las instituciones inglesas, por el mismo. Analisis de una historia inédita de Nueva España, por D. Andrés Bello. Noticia de una historia de la conquista de Méjico, escrita por un indio, por el mismo.

POESÍA.

Observaciones sobre el oríjen i uso antiguo i moderno del asonante en la poesía castellana, por D. Andrés Bello. La agricultura de la Zona Tórrida. Fragmentos de una traducción del poema de los Jardines de Delille, por D. Andrés Bello. Varias poesías inéditas por el Sr. Olmedo i otros poetas americanos.

BIOGRAFÍA.

La de Fr. Bartolomé de Las Casas, por D. Pablo de Mendibíl. La del jeneral D. Francisco Miranda, por D. Andrés Bello.

HISTORIA NATURAL.

Muestra de la materia médica del Brasil, por el Dr. D. Mariano La Gasca. Descripción, cria i beneficio de la Cochinitilla, por D. Andrés Bello.

JEOGRAFÍA I VIAJES.

Noticia de las últimas exploraciones en el Africa central, redactada por D. Pablo de Mendibíl. De los viajes i descubrimientos marítimos hechos por los españoles antes del siglo XVI, por D. Andrés Bello. Noticia de las últimas expediciones a las rejiones estremas de ambos polos, por D. Pablo de Mendibíl.

LONDRES:

EN LA LIBRERIA DE BOSSANGE, BARTHÉS I LOWELL,
14, GREAT MARLBOROUGH STREET.

1829.

Primera página del último número del *Repertorio* de don Andrés Bello.

¿Qué se propuso el *Repertorio*? Oigamos al mismo Bello. (Recuérdese que nosotros subrayamos ciertos conceptos en que deseamos se fijen los lectores).

"Años ha que los amantes de la civilización americana deseaban la publicación de una obra periódica, que defendiese con el interés de causa propia la de la independencia i libertad de los nuevos estados erijidos el aquel mundo sobre las ruinas de la dominación española; de una obra que, fuera de tratar los asuntos literarios mas a propósito para despertar la atención de los americanos, concediese un lugar preferente a su geografía, población, historia, agricultura, comercio i leyes; extractando lo mejor que en estos ramos diesen los escritores nacionales i extranjeros i recojiendo tambien documentos inéditos..."

"Una obra como la que hemos indicado, al paso que conservase estas producciones interesantes, contribuiría probablemente a multiplicarlas; i cuando no se esperase recojer de ella otro fruto, creemos que este solo debería recomendarla a todo americano ilustrado que amase la gloria y el adelantamiento de su patria".

Hay en sus palabras optimismo y modestia. Cuando dice, por ejemplo: "...i de que en las circunstancias cada día mas prósperas de los nuevos estados, la constancia de nuestros esfuerzos para merecer la aprobación de sus ilustrados ciudadanos, y nuestra docilidad en seguir las indicaciones que se nos hagan, tanto en modo a la clase de materias como al orden de tratarlas, nos asegurarán su buena acogida, y los escitarán a favorecernos con materiales y comunicaciones".

Tuvo el *Repertorio Americano* buena acogida entre los hombres ilustrados de estas patrias. Murió por la dificultad que entonces había —y aún ahora— para cobrar las suscripciones a lo largo del Continente.

El americanismo del *Repertorio* campea en diversos pasajes del prospecto. Veamos:

"Desde luego nos hemos propuesto hacer la obra aun mas rigurosamente americana que cual la concebimos i trazamos en nuestro prospecto de 16 de abril de 1823 (*); i con esta mira reducirémos mucho la sección de Ciencias naturales i físicas, limitándola a puntos de una aplicación más directa e inmediata a la América..."

"En las otras dos secciones de Humanidades i Ciencias intelectuales y morales, es también nuestro ánimo descartar todo aquello que no nos parezca estar en proporción con el estado actual de la cultura americana".

Pero el *Repertorio Americano* (que así le nombremos) seguirá puntualmente el plan de la Biblioteca en cuanto a dar lugar preferente a todo lo que tenga relación con América, i especialmente a las producciones de sus hijos i a su historia. Trataremos (como lo anunciamos en aquella obra) la biografía de los héroes y demás valores que han ilustrado nuestro país, acompañando, siempre que nos sea posible, sus venerables efijies. Por medio de ensayos orijinales y documentos históricos, nos proponemos ilustrar algunos de los hechos mas interesantes de nuestra revolución, desconocida en gran parte del mundo, i aun a los americanos mismos. Es también nuestro ánimo sacar a luz mil anécdotas curiosas, en que resplandezcan, ya los talentos y virtudes de nuestros inmortales caudillos, ya los padecimien-

tos y sacrificios de un pueblo heróico, que ha comprado su libertad a mas caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la jenerosidad de otros, i el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinion de un escritor distinguido, creemos que "el patrimonio de todo país libre consiste en la gloria de sus grandes hombres".

Estas palabras serían el compendio de la vasta y noble y difícil tarea:

"En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, i de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de comunicación, i se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer jerminal la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las acciones que figuren en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo; he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria".

El examen de los tres tomos que hemos tenido la fortuna de hallar, lleva a la convicción de que la tarea se realizó a conciencia y tan cumplidamente como fue posible. La información científica tiene preferencia en el trimensuario. Las entregas revelan en Bello diversidad de conocimientos, sed insaciable de saber. El *Repertorio Americano* de Bello marca la buena tradición en esta clase de revistas: equilibrio de los estudios literarios y científicos. En una palabra, se trata de una revista de mucho mérito.

Volvamos al prospecto, tan interesante. Dice Bello en otra parte:

"Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos y el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente americano".

Por fin, la magnífica y alentadora visión del porvenir, que el tiempo va confirmando poco a poco, y sin la cual no es posible trabajar con fe, constancia y éxito en empresas del espíritu:

"Felices nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza despierte al ingenio de su dilatado sueño, y nazcan a su voz los talentos i las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras y las ciencias, sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, i recorra a pasos jigantescos el vasto camino abierto al través de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado, i llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad".

Nuestro modesto e incompleto *Repertorio* —trabajamos muy solos— tiene en el de don Andrés Bello una tradición respetable, un ejemplo y una guía que seguir. Algo de lo que en el antiguo se hizo tratamos de hacerlo noso-

(Pasa a la página 20)

(*) Refiérese al prospecto de *La Biblioteca Americana* revista eventual que en Londres fundaron Bello, García del Río y otros. De tendencias parecidas a las del *Repertorio Americano*. "La Biblioteca" proponíase —como el *Repertorio*— contribuir a la ilustración de las nuevas repúblicas de América. Se publicó apenas el tomo primero y parte del segundo.

¿Por qué “Repertorio Americano” en la Universidad Nacional?

Entrevista con el Presbítero Benjamín Núñez, Rector de la Universidad Nacional; con el señor Francisco Morales, Ministro de Trabajo y con el Dr. Chéster Zelaya, Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos.

Señor Rector, Benjamín Núñez:

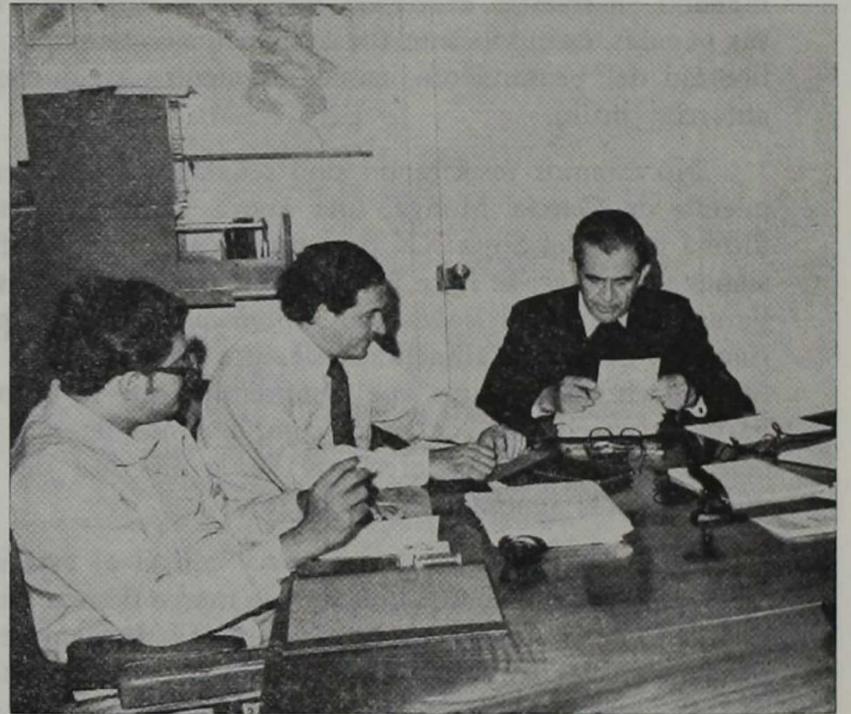
A la Universidad Nacional, apenas nacida, se le han presentado muchos retos. Uno de ellos ha sido el de promover la publicación del *Repertorio Americano*, que fue en su tiempo antorcha alimentada por espíritus inquietos en las manos proféticas de Don Joaquín García Monge. Esta iniciativa fue concebida y alentada con entusiasmo por el Señor Ministro de Trabajo, Don Francisco Morales y acogida con aplauso por la Comisión Organizadora de la Universidad Nacional.

Señor Ministro de Trabajo, Francisco Morales:

Voy a hacer un poco de historia acerca de la gestación de esa iniciativa que hoy es ya realidad.

A don Abelardo Bonilla le debo haber conocido a don Joaquín. Pero, ¡irónica paradoja! yo no conocí —personalmente— ni a don Abelardo ni a don Joaquín. Fue en 1958. Yo cursaba el cuarto año en el Liceo León Cortés Castro en el Cantón de Grecia, Provincia de Alajuela. Ese año llegó a la Dirección del Colegio un ejemplar del libro de don Abelardo: *Historia y Antología de la Literatura Costarricense*. Léí y releí el capítulo sobre García Monge: biografía, cultura, estilo literario, sus creaciones, su aporte a la literatura nacional. Luego la novelita *El Moto* —homenaje póstumo— de la Editorial Don Quijote, con prólogo de Alfonso Reyes, dirigida por don Luis Ferrero. También me impresionó mucho el Editorial de la Revista Combate, escrito por don Luis Alberto Monge Álvarez, recogiendo el espíritu de sus intervenciones en la Asamblea Legislativa para otorgarle el Beneméritazgo a don Joaquín. Tampoco conocía —personalmente— a don Luis Alberto. Eran lecturas de Colegio que robaba libros y revistas que llegaban a la Dirección del Colegio... Así empezó mi admiración por don Joaquín.

Luego me fui a Chile. Me apasionaba saber que don Joaquín había estudiado en Santiago, en medio de arrestos anarquistas Tolstoianos. Y en la Biblioteca de Santiago estaba el *Repertorio Americano*, celosamente empastado. Nuestro Embajador en Chile era mi profesor de Castellano en la Universidad de Costa Rica, don Isaac Felipe Azofeifa. En nuestras conversaciones en Santiago, una vez le dije a don Isaac: “si alguna vez llego a tener poder en Costa Rica, pagaré una deuda a García Monge y a América editando de nuevo *Repertorio Americano*”. Y así fue. Pasaron los años.



Volví a Costa Rica. Y, ya de Ministro de Trabajo, me tropecé con la creación de la Universidad Nacional, en Heredia. Desde el primer momento, les dije a los compañeros de Comisión y al señor Rector, que mis “honorarios” se reducirían a que la Universidad Nacional asumiera la histórica misión de revivir el *Repertorio Americano*. Y en ese camino estamos. La Comisión Ad-Hoc, enriqueció la idea, creando el Instituto de Estudios Latinoamericanos y la Cátedra Joaquín García Monge y, como brazo de cultura por América, la edición de *Repertorio*.

Dr. Chéster Zelaya:

En efecto, hace aproximadamente un año, cuando apenas se empezaba a hablar de la creación de un Instituto de Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional, tuve una cordial reunión con el señor Ministro de Trabajo y dos compañeros más, miembros de la Comisión Organizadora ad-hoc, ocasión en la que el Ministro nos expuso con gran entusiasmo su idea de reeditar nuevamente el *Repertorio Americano*. Posteriormente, después de asumir el cargo de Director de ese Instituto, propuse a la Comisión Organizadora la creación de la Cátedra Joaquín García Monge y empezamos a dar los pasos necesarios para hacer una realidad la reaparición del *Repertorio*. Debo reconocer aquí la valiosa ayuda que he recibido de la Licda. María Rosa de Bonilla, desde un principio, y del Prof. Isaac F. Azofeifa tiempo después.

CONTINUACION DE LA ENTREVISTA

Señor Rector, Benjamín Núñez:

Algunos se han referido a esta iniciativa como si se tratara de resucitar o el espíritu de don Joaquín, o el noble fruto de su espíritu. En realidad sólo hay resurrección donde antes ha habido muerte. Ni se ha muerto ni extinguido el espíritu del ilustre maestro García Monge, ni se puede considerar como muerta una de sus más significantes obras: el *Repertorio Americano*. Su espíritu ha seguido marcando senderos para las inquietudes creativamente libertarias de muchos que le conocieron personalmente en vida y de muchos que, sin haber disfrutado ese privilegio, toman como guía sus nobles inspiraciones. Su *Repertorio Americano* nunca ha muerto. Ahí está en las Bibliotecas para alimento de los espíritus que escudriñan la dimensión del pensamiento humano en nuestra evolución histórica y descubren en sus páginas, cuán vibrante fue en muchos el amor por la libertad del pensamiento, en los momentos en que esa antorcha brilló.

No estamos resucitando sino señalándole al pensamiento de García Monge, una nueva tarea para esta última parte del Siglo XX durante la cual, entre confusiones y agonías, se hace necesaria su presencia. Se está llamando a filas al *Repertorio Americano*, antorcha que flameará de nuevo, alimentada siempre por el amor a la libertad en los espíritus que comprenden que la última parte del Siglo XX exige el cumplimiento de esa libertad en los campos efectivos de la libertad de la miseria, de la ignorancia y del temor.

Paso al *Repertorio Americano* y con él al espíritu de García Monge, desde el anchuroso marco de una Universidad que no quiere ser torre de marfil sino empresa académica, científica y cultural, vibrando con la realidad nacional y sirviendo a un pueblo impaciente por su liberación integral.

Señor Ministro de Trabajo, Francisco Morales:

Así es, algunas personas, entre ellas, el poeta y amigo Alfonso Chase, han dicho —con razón— que *Repertorio* no puede concebirse sin don Joaquín. Es cierto. Toda la obra literaria de don Joaquín es don Joaquín mismo. Otros han señalado que la América de hoy no es la América de don Joaquín. Probablemente, también es cierto. Pero también es cierto que Costa Rica tiene una deuda de gratitud para con don Joaquín y para con América. Tenemos que revivir el *Repertorio*. Es una responsabilidad de todos los costarricenses, con los intelectuales a la cabeza. Con frecuencia, los intelectuales nos critican a los políticos porque no hacemos o hacemos mal tal o cual cosa. ¡Aquí tenemos una tarea para los intelectuales y para los políticos costarricenses!

Desde luego, el *Repertorio* será un *Repertorio* para la Costa Rica del setenta. También para la América del 70. Y para el mundo del setenta. Aunque nos duela, el *Repertorio*, no podrá tener un sabor artesanal, individual. Tendrá que ser una labor moderna, de equipo, con sentido de quehacer interdisciplinario. Por eso, lo importante de que *Repertorio* nazca y se desarrolle dentro del marco de un Instituto Latinoamericano altamente especializado, donde se combinen —enriqueciéndose— los puntos de vista del filósofo, del literato, del economista, del sociólogo, del antropólogo y del político.

Dos pasiones tuvo don Joaquín: el amor a la cultura y el amor a la libertad. Por la cultura escribió y

editó. Con sus escritos luchó por la libertad. Siempre combatió todas las formas de tiranía y de opresión. Yo me pregunto: ¿No necesita hoy nuestra América más libertad y más cultura? ¿Vamos a seguir atomizados de "tecnicismo" y "economicismos" y falta de valores políticos? ¿Nos satisfacen las libertades, tipo libertad de prensa, made in SIP?... ¿Y las dictaduras, siempre nuevas y siempre viejas?

Para los costarricenses jóvenes y viejos, don Joaquín es un ejemplo permanente. Un hombre completo. Pensó; y actuó como pensó. Fue un hombre humilde, sencillo, sobrio, sin ostentación. Como la anécdota: llevaba buen reloj, pero sólo daba la hora, si se la preguntaban o, si por la oscuridad del día tenía que dar la hora. Fue un hombre universal. Amó entrañablemente a Costa Rica, a nuestro pueblo, a los campesinos, a nuestra historia. No fue un hombre dogmático. Hoy día, algunos confunden el dogmatismo con las ideas revolucionarias. Esta es una gran enseñanza: amar a nuestra patria, conocerla, servirla, conjugando —para enriquecerlas— las ideas de nuestra historia con las ideas universales, sin dogmatismos, sin fanatismos. Es la escuela de don Joaquín, de don Omar Dengo, de Brenes Mesén, de Moreno Cañas, Vicente Sáenz y de Monseñor Sanabria.

Dr. Chéster Zelaya:

Quiero referirme brevemente a la importancia que tiene para el Instituto de Estudios Latinoamericanos, la reaparición del *Repertorio*. Esta constituye un verdadero honor, porque es un órgano de difusión intelectual ya arraigado en la cultura latinoamericana. Además, servirá de vínculo académico e institucional, con centros similares que existen en diferentes partes del mundo, con los cuales ya se tienen establecidos los contactos. Sin embargo, nos hacía falta este tipo de publicación periódica para que a través del sistema de canje, podamos conocer lo que sobre Latinoamérica se publica en esos otros países, y reconquistar, al mismo tiempo, esa vasta difusión que tuvo el *Repertorio Americano* durante su primera época.

Señor Ministro de Trabajo, Francisco Morales:

Antes de terminar deseo mencionar un gesto de generosidad que compromete la gratitud de la Universidad Nacional. El doctor Eugenio García Carrillo, hijo de don Joaquín, ha sido depositario de todos los derechos de propiedad intelectual del *Repertorio Americano*. Tienen un gran valor histórico y emocional y, desde luego, económico. Sin embargo, el Doctor García Carrillo —de tal palo tal astilla—, en gesto que lo enaltece, ha cedido esos derechos a la Universidad Nacional. Ese gesto del Doctor hace posible la publicación de *Repertorio*.

La América, nuestra América de hoy, a pesar de no haber resuelto muchos de sus grandes problemas, sobre todo políticos, ocupa un puesto importante en la historia contemporánea. En la época de don Joaquín nuestros escritores, para inspirarse en nuestros problemas, viajaban a Europa. Escribían sobre nuestros problemas en los cafés de París. Allí escribió el venezolano Uslar Prietri su gran novela *Las Lanzas Coloradas*. Casi que había que traducirlas del francés. Hoy, la literatura latinoamericana se escribe en América, y ya, con su propia personalidad invade Europa. Por varios años el mundo está leyendo premios Nóbel latinoamericanos:

Canto inaugural del hombre*

Canto para celebrar el significado de la vida de Joaquín García Monge.

Oíd el mundo en marcha hacia el olvido.
Oíd las voces jóvenes irguiéndose,
esforzándose,
y cayendo en silencio.
Ved la torre admirable desplomarse
como en base de sueños sustentada.
Ved la oscura ceniza con que el tiempo
su nombre escribe sobre el aire.

¿Quién detendrá a la muerte?
¿Quién salvará a la rosa de la ráfaga?
¿Y a la estrella fugaz, de su naufragio?
¿Quién al amor su llama?
¿Quién sobre polvo y ceniza,
sobre muerte y silencio? Vedle. Llega.
El hombre llega.

Ved al poeta agitar la rosa florecida
definitivamente. Y al filósofo
como un simple habitante familiar
instalarse en el ser. Ved al maestro
sobre el humus ferviente de su sangre,
sobre su garra y su impulso,
hacer crecer espigas y ternura.

Poned oído atento a esta lucha.
En la casa del hombre hay cien funestos ángeles.
Hay múltiples serpientes enroscándose
y silbando.
Y las lenguas del miedo como espadas agudas
o llamas en acecho.
Y la sangre escapándose en silencio
por la herida a traición de cada hora.
Fuera, sobre la vieja tierra, donde el aire
y la luz, donde el átomo y la onda
dirigen la cadencia
de las cosechas y de las estaciones;
donde sobre las cosas el color detiene
su ilusoria virtud;
donde la rosa de ceniza riega
su perfume, y el pájaro se rompe;
fuera,
ensucian los esclavos la soledad del cielo
con sus impuras voces, y los gritos del amo
asesinan el ángel en su lecho.

¡Ah, caravana ciega!
¡Ah, la ignorante tribu!
¡Ah, la horda salvaje!
¿Dónde el libertador, en dónde el héroe,
su espada de justicia, su voz libre?
Vedle llegar. No truena
su voz. No ciñe espada
flamígera. No se abren las ventanas
ni florecen los arcos a su paso.

Una humildad descalza abre el hilo sereno
de su voz y su gesto.
Como viniendo desde donde la humanidad comienza,
habla de cosas viejas
y de objetos inútiles como la flor y el cielo
y de los que murieron
como frutas maduras en la cruz, o en el fuego,
o con flores de sangre y pólvora sobre el pecho
para que en el camino innumerable
el hombre ponga proa hacia sí mismo.
Oh, victoria sin cantos,
ésta que sobre el íntimo demonio
el ángel hecho hombre ha establecido.
Su índice pastor rige el tumulto
y ahora hay deber donde antes látigos.
Ahora,
el hombre marcha libre bajo el canto
de sus poetas.
La mano del maestro le bautiza.
Porque entonces el hombre nace a dar
muerte a la muerte.

Sabed,
que su presente voz, su mano lenta,
que han trabajado y han vencido,
se extienden, nos rodean, nos levantan
con la divina fuerza
y el difícil saber de ser amigo.

ISAAC FELIPE AZOFEIFA

* Leído por el autor en el Colegio Superior de Señoritas, con motivo del homenaje a los 25 años del REPERTORIO AMERICANO, 1944.

CONTINUACION DE LA ENTREVISTA

Gabriela Mistral, y más recientemente, Neruda y Asturias. Y qué decir de García Márquez y Vargas Llosa. Y Carpentier y el gran Borges. *Repertorio Americano* tiene una hermosa tarea, y debemos empezarla, con fe y con perseverancia. Como era y como hacía don Joaquín.

Una misión de Intelectuales Costarricenses debe viajar por América, visitando Asociaciones de Escritores, Institutos de literatura, intelectuales, políticos y filósofos y diciéndole a América que Costa Rica, pagará, aunque sea tardíamente la deuda con don Joaquín y con América: reviviendo *Repertorio Americano*.

Unidos por la cultura

Joaquín García Monge

Realmente la vida en sus misteriosas vueltas, en sus retornos, repite o recuerda ciertos sucesos. En 1919 en el Kent Hall de la famosa Universidad de Columbia me tocó hablar ante el Capítulo de Profesores de Español de Nueva York. A ello me movió el ya finado costarricense don Arturo Torres, (*) que se graduó en el Teacher's College. El asunto de mi conferencia fue: Cómo habían visto a los Estados Unidos Sarmiento y Martí, dos andariegos ilustres de nuestra América, en andanzas ejemplares de libertad y de cultura. Los Estados Unidos de Sarmiento fueron los de Emerson, de Horacio Mann, y cito estos nombres porque Sarmiento andaba entonces en menesteres de cultura, buscando en los Estados Unidos una técnica que le permitiera realizar con éxito su creación de escuelas y bibliotecas en la república Argentina. De Franklin dijo que era su santo patrono. José Martí vivió en esta Nueva York de sus sueños y de sus penas, diez años y él nos habló —de qué modo— de Whitman, de Longfellow, de Henry George, de Lincoln, de Grant, de tantos más.

Como ustedes ven, ya en 1919 andaba yo por acá en estos afanes de correlación entre los valores espirituales de los dos pueblos de América: el anglosajón y el américo hispano. Y en eso me he vivido desde hace cuarenta años. Busco el testimonio de los próceres, porque son ellos los que han de ayudarnos en la obra de la unión, que es la de la salvación. De modo que lleguemos a ser en América los Estados Unidos de la América del Sur, en cooperación y amistad con los Estados Unidos de la América del Norte. Hay que seguir en eso: lo que nos falta es una técnica adecuada del Espíritu (la expresión es de mi amigo Waldo Frank) en colegios y universidades de ambas Américas. Este problema de Educación ha de resolverlo el porvenir, si queremos ser fieles a nuestro Destino en una obra de cultura que se defina por la concordia, la justicia y la libertad de todos los hombres.

Cosa caduca es la conquista por las armas. Sólo vence, sólo enlaza a los hombres el amor que nace de una mutua comprensión de las cualidades del entendimiento y del corazón. Si Roma fue vencida por sus vencidos helenos se debió a la fuerza espiritual de la cultura de éstos. Los galos se liberaron de sus conquistadores romanos, pero lengua y cultura de Francia continuaron siendo latinas. Más tarde, las Trece Colonias se independizaron políticamente de Inglaterra; mas el amor y la influencia de la cultura inglesa perduran en la nación norteamericana. Y no otra cosa acontece con las otras Américas de nuestros días: la lengua y las letras españolas son su patrimonio también. España sigue siendo nuestra madre común, nuestra Alma Mater.

Juntos vinimos al Nuevo Mundo los anglosajones y los hispanoamericanos, enlazados quien sabe por qué destino. Habrá de ser obra de inteligencia estrechar comprensivamente estos lazos mediante las fuerzas espirituales que constituyen la esencia de la verdadera cultura, como refinamiento de los pueblos y de las razas.

La labor del *Repertorio Americano* tuvo desde su fundación el amplio propósito de que se conocieran las aspiraciones de los diversos pueblos de América, presentándolas tal como las expresaron, o expresaban, sus eminentes escritores. En sus páginas se han dado cita las más altas inteligencias del Continente agitadas por las inquietudes de su propia patria, o por las de América, o por las de Europa y Asia, en relación con lo nuestro o con los más elevados principios de la Humanidad. Sin dejar por eso de abrir esas mismas páginas a los jóvenes, a los nuevos que traían en su corazón alguna promesa.

Por espacio de 25 años el *Repertorio Americano* ha sido tribuna y cátedra donde han hablado para las Américas los Jefferson y los Sarmiento, los Lincoln y los Martí, los Emerson y los Rodó, los Whitman y los Darío, los James y los Hostos. En la galería de esas páginas ilustran con su ejemplo Washington y Bolívar, y San Martín y O'Higgins, y Miranda y Morelos e Hidalgo, y Montalvo y González Prada, Vasconcelos y Haya de la Torre, e Ingenieros y los Caso, los Lugones y los Alfonso Reyes, los Waldo Frank y las Gabriela Mistral... Todos los que han tenido un mensaje para la juventud o para su patria, mensajes de libertad o de liberación, de derecho y de justicia en las dimensiones del Continente.

Porque he creído durante todo ese tiempo que es faena de la cultura hacer amar las figuras de esta cosa grande y sacrosanta que llamamos América. Porque si la inteligencia crea con esplendor ideas, la voluntad iluminada de los grandes caracteres les da corporeidad vital. De ideas se tornan en ideales. Y así es como se convierten en fuerzas propulsoras de la civilización, en el sentido más bello que esta palabra tuvo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la técnica y la máquina, como efectos de la civilización a ella se subordinaban; a diferencia del predominio que sobre ella han tenido a lo largo de este período transcurrido después de la guerra del 14 al 18.

Para mí, como editor del *Repertorio*, aunque tienen un valor en sí mismas las artes, las letras y las ciencias, ellas no solamente son creaciones del hombre, sino que deben ponerse al servicio de las sociedades. Se esculpe, se escribe, y se pinta y se graba para hacernos expresivos de la grandeza que llevamos con nosotros y estimular la grandeza aún no descubierta, quizás, en quienes contemplan la obra ejecutada. La belleza posee la magia de hermoear y mejorar a los hombres. La América del Sur es muy sensible a la belleza, y sirva esta advertencia de nuestro magnífico Leopoldo Lugones, si se la quiere educar con acierto.

En la medida de mis escasos medios he tratado de alcanzar ese fin: la difusión de la obra bella. Fueran mis medios más holgados, mayor belleza se encontraría en este semanario que ha absorbido muchas de las mejores fuerzas de mi vida. De él no he derivado fortuna. Antes por lo contrario, he invertido en ese esfuerzo, como hacía Ingenieros en su *Revista de Filosofía*, liberal porción de mis sueldos como bibliotecario o como profesor hasta 1936. Desde entonces para acá la vida del semanario ha dependido de las suscripciones. Y sea esta la ocasión para agradecer a las grandes bibliotecas universitarias y públicas norteamericanas (la del Congreso, la de Nueva York, por ejemplo) el auxilio que me han prestado con sus pedidos de colecciones completas que me ha sido grato remitirles.

Los hombres de nuestra América se han sentido, lo mismo que los grupos de intelectuales, como aislados los unos de los otros. Yo he querido hacer del *Repertorio* un punto de cita, un caluroso rincón del hogar americano en donde todas las inteligencias y todas las ideas encuentren acogida afectuosa y comprensiva. (Lo que no se ha manifestado todavía, ha sido por falta de espacio, porque ya no son tan frecuentes las ediciones). En este rincón se han estrechado las manos los que poco antes mutuamente se desconocían y esto me ha dado el gusto de aquel que como anfitrión, logra reunir en torno de su mesa a los más distinguidos representantes de la nobleza del espíritu. Por largo tiempo el *Repertorio* ha sido perpetuo convivio platónico. El pensamiento hermoso de la mayoría de los pensadores de América ha tenido asiento en el Banquete.

Y no menos satisfacción me ha proporcionado el hecho de que todos los escritores de América hayan encontrado en el semanario a mi cargo los justos clamores de sus propias patrias (un auditorio, una fe, una esperanza...); de que en sus páginas hayan mirado desplegadas todas las gracias de la poesía, toda la fuerza del pensamiento de poetas y ensayistas y estadistas de cada una de estas patrias, por la independencia de Puerto Rico y por la americanización de las Guayanas y Malvinas, por ejemplo, se han levantado voces vigorosas en el *Repertorio*, sin aversión odiosa para nadie y sólo sí con un intenso amor por las causas de la libertad. Patrias hemos querido ser, no meros territorios coloniales. Imperialismos, dictaduras y tiranías hallaron en la revista de que soy el editor, páginas de combate. Caídas las tiranías aquellas páginas se tornaban en motivo de júbilo y de esperanza en días mejores.

Mi experiencia de 25 años en la dirección del *Repertorio Americano*, confirma el pensamiento de que los hombres sólo se malquieren cuando no se conocen recíprocamente o cuando sólo conocen sus respectivas debilidades. Pero cuando han llegado a penetrar en las intenciones del corazón y del pensamiento y han adivinado sus virtudes, excelencias y talentos, de la admiración se pasa al afecto y a la amistad. Esto es, por el conocimiento se llega a la amistad de hombre a hombre, de pueblo a pueblo. Sólo por el amor se alcanza la unión; amor fundado en lo mejor que cada cual lleva consigo.

(Continúa en página 23)

(*) Arturo Torres (1880-1929), educador costarricense que estudió en Nueva York con algunos de los más grandes pedagogos. Fue el primer director de la Escuela Normal de Costa Rica. Autor de algunas obras didácticas.

El Modo Narrativo en "El Moto"

Carlos Enrique Aguirre Gómez

Las consideraciones que se agrupan en este estudio están destinadas a lograr la iluminación de la estructura narrativa de *El Moto* de Joaquín García Monge. Junto a ello, pretendemos mostrar una posibilidad de conocimiento sobre nuestra producción épica, que ha sido tan poco estudiada, al enunciar y llevar inmediatamente a la práctica una serie de conceptos teóricos sobre las narraciones literarias en general.

Concebimos la obra literaria como un objeto complejo que tiene la configuración del lenguaje y la estructura de la situación de comunicación lingüística, pero que no es comunicación ni lenguaje reales, sino imaginarios.⁽¹⁾ Es una estructura cerrada que se funda en las relaciones intrínsecas que se generan del enfrentamiento directo de sus núcleos posibilitadores: hablante, mensaje y oyente. La natural implicación de dichos núcleos da lugar a la existencia de una doble estructura. En primera instancia, la disposición geométrica de éstos en el proceso posibilita la estructura ontológica, que para llegar a una manifestación imaginario-sensible se vitaliza en una compleja revelación que se da como resultado de las funciones semánticas específicas que cumplen cada uno de los elementos de la estructura ontológica en la realización del todo, que es la obra misma. Al estar ésta fundada en puro lenguaje imaginario, la estructura fenoménica se sostiene en la manifestación simultánea de las tres funciones del lenguaje, señaladas por Karl Bühler⁽²⁾, que se originan en cada uno de los núcleos de la estructura ontológica y adquieren unidad de sentido al representarse las figuras del hablante y del oyente y los actos en que se manifiestan las fuerzas apelativa y expresiva del proceso. Esta compleja interacción posibilita la manifestación simultánea de todos los elementos, cosa que hace que la obra aparezca como una totalidad revelándose a sí misma, sostenida en la imagen de una situación de comunicación, que debe ser contemplada e imaginada intencionalmente, por parte del lector social, para llegar a una intuición primaria que es el objeto de todo conocimiento sobre ella.

La unívoca realización de las tres funciones en el proceso de comunicación imaginario permite llegar a la evidencia de tres géneros literarios: lírica, épica y dramática, según sea la manifestación imaginario-sensible de la estructura óptico-fenoménica, de acuerdo con el mayor desarrollo de una función sobre las otras. La lírica resultará del predominio de la función expresiva; la épica, de la representativa y la dramática, de la apelativa.

Por las relaciones dadas entre estos núcleos funcionales, la obra literaria concreta aparece como una estructura cerrada, cuyos elementos componentes —que hacen necesaria su existencia y le dan unidad al todo— se rigen por leyes internas, según el género literario a que pertenezcan.

La narración, que conocemos como género épico, se caracteriza por ser "la presentación de un mundo, hecha por un narrador a un lector implícito. La(s) frase(s) que funda(n) el mundo (son) narrativo-descriptiva(s) de sujeto singular, que se relacionan de tal manera que constituyen la ficción de un mundo operante, para quien se pone en situación imaginativa, con la conciencia trascendental irónica de que ese mundo puede ser posible."⁽³⁾ La presentación determina el proceso relacional entre los tres núcleos, que se manifiesta en primer lugar a través de la adopción de determinada actitud del narrador frente al mundo y ante el lector implícito; ésta se observa en la dilucidación de cierto distanciamiento temporal, en relación con lo que se muestra y, naturalmente, en la posesión de cierto grado de conocimiento y actitud afectiva que tiñe de matices emocionales la visión de la realidad que se

entrega. Esto da lugar a que el lector mismo se comprometa con el mundo mostrado y con la figura del narrador. En estos tipos de relaciones que se operan entre el narrador y el lector implícito en torno al mundo presentado, encontramos la posibilidad para valorar la estructura que presenta cada narración; allí se están mostrando acontecimientos, espacios y personajes inmersos en un tiempo que los vitaliza. La estructura, por eso, puede ser de acontecimientos, de espacios o de personajes, pero no de los tres simultáneamente, pues el compromiso siempre se opera con uno solo, de acuerdo con la actitud que se ponga de manifiesto en cada objeto literario.⁽⁴⁾

Denominamos, pues, modo narrativo a las relaciones establecidas entre los núcleos narrador-mundo mostrado; narrador-lector implícito y lector implícito-mundo mostrado, que hacen que se manifieste de una manera particular la estructura óptico-fenoménica de cada obra en concreto.⁽⁵⁾

FABULA DE EL MOTO

Iniciamos nuestra incursión en el cuerpo de la obra con una delimitación de la fábula. Lo hacemos, porque con ella lograremos evidenciar haces de problemas que de otra manera quedarían subyaciendo en la estructura misma del objeto.

El Moto se estructura en torno al esfuerzo que realizan dos jóvenes por acercarse y llegar a unir sus vidas en el matrimonio. Ellos son José Blas (el Moto) y Cundila Guillén. El, un muchacho que desde pequeño ha sido golpeado por la vida; en la infancia pierde a su padre y un poco más tarde, a su madre. Lo recoge su padrino, don Sebastián Solano y crece junto a él hasta la edad de veintidós años, momento en que se enamora de Cundila. Ella, hija de uno de los ricachones más grandes de los Desamparados, don Soledad Guillén. Con dos años menos que el Moto, sana y en la flor de la vida, es el cariño de sus padres y de la india Chon, su nodriza. Se aman profundamente y sólo desean casarse; pero, es un amor en silencio.

Pasa el tiempo, y un día don Sebastián, el mismísimo padrino del Moto, le "pone el ojo" a Cundila y decide pedirla como esposa a los padres de ésta. Complacidos, aceptan la proposición y se inician los preparativos para la boda, que será el veinte de enero del año próximo. El Moto, ignorando todo, parte un día en busca del potrero de su padrino, que deseaba arreglarlo para el momento de su casamiento. Con el animal se protagoniza un terrible accidente en el cual José Blas queda al borde de la muerte. Mientras se recupera en casa de Panizo, su amigo, Cundila siente el dolor por la partida del ser que ama. Lo visita varias veces; la nostalgia y la compasión la agobian. Finalmente, días después, el veinte de enero José Blas sale del lecho de enfermo y se dirige primeramente donde el cura don Yanuario Reyes, que debía conseguirle el consentimiento de los padres de Cundila para concretar la boda. La visita es amarga, pues sobreviene otra tragedia todavía más dolorosa: Cundila Guillén ese día ha contraído matrimonio. Desilusionado, con el alma deshecha, parte por el mundo, sin rumbo cierto.

DISPOSICION CRONOLOGICA DE LA MATERIA NARRADA

La pequeña fábula que acabamos de enunciar se dispone en un período de trece meses y once días. La historia comienza un día siete de diciembre y termina un veinte de enero,

(1) Los conceptos teóricos que aquí usamos sobre la obra y la narración literarias se nutren, en amplio grado, de los encontrados en el libro de Félix Martínez Bonati *La estructura de la obra literaria*. (Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1960) y en el de Wolfgang Kayser *Interpretación y análisis de la obra literaria*. (Madrid: Gredos, 1972).

(2) Cfr. Bühler, Karl. *Teoría del lenguaje*. (Tercera edición. Madrid: Revista de Occidente, 1967), pp. 62-75.

(3) García Carroza, Eladio. *Una traducción y un ensayo*. (San Pedro de Montes de Oca: Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1971), p. 45.

(4) Cfr. la tipología de las obras narrativas que Kayser establece en la obra citada anteriormente (pp. 471 a 489). Habla de narraciones de espacio, de acontecimiento y de personaje, según se manifieste la actitud, que tanto el narrador como el lector pongan sobre uno de los elementos del mundo que se muestra. Además, puede consultarse la obra antes citada de Eladio García C., pp. 45-46.

(5) Cfr. Vidal, Hernán. "El modo narrativo en 'El hermano asno' de Eduardo Barrios". (*Revista Hispánica Moderna*, n. xxxiii, 1967), p. 241.

"La tarde en que esta historia comienza, *vísperas de la Concepción por más señas* (el subrayado es nuestro) era de harto trajín para los habitantes del barrio, pues una costumbre inmemorial los traía en carreras." (6)

"Amaneció por fin el veinte de enero... La pareja se dirigía ya a la ermita: don Sebastián, delgado y tieso como una caña, lampiño, con sus pantalones de mandil, su cotona de jerga limeña y sus guacalona prendida a la banda roja que cruza su cintura; Cundila, bien trajeada, coloradita como una acerola, con unos senos de conformarse apenas con el olor, un cuerpo de ver y desear toda ella, como Dios quiso que fuera." (pp. 40-41).

Dos períodos diferentes integran la unidad temporal. En primer lugar, tenemos una parte que comprende desde el siete de diciembre hasta el tres de mayo; aquí están agrupados los acontecimientos en que el Moto conquista y se enamora de Cundila —capítulos I al VI—. La otra parte, comprende desde los primeros días de diciembre hasta el veinte de enero y aparecen los hechos que llevan al matrimonio de don Sebastián Solano con Cundila y a la destrucción espiritual del Moto —capítulos VII al XIV—. Entre estas dos partes, hay un lapso de seis meses de acontecimientos que se omite, pues no marcan nada especial para el narrador, debido a que se supone que en ellos las relaciones entre los dos jóvenes continúan intensificándose en las dimensiones trazadas en la Primera Parte. Precisamente, cuando se da en la estructura de las relaciones actanciales, el interés del narrador se activa y aparece la Segunda Parte, que ya hemos enunciado. Por este cambio temporal, puede vislumbrarse que la estructura del relato se organiza en torno al acontecimiento.

"Seis meses habían corrido ya
—conque Sebastián se lleva a Cundila; —habló por fin, dando un resoplido más de regocijo que de otra cosa—. Gracias a Dios, todo sea su santa voluntad". (p. 28)

EL NARRADOR, SU RELACION CON LA MATERIA MOSTRADA Y APELACION IMPLICITA AL LECTOR

La mostración de la situación enunciada se caracteriza por el distanciamiento temporal con que el narrador y el lector observan el mundo mostrado. Ellos pertenecen a un ahora y están determinados por el sistema de valores operante en su momento y desde aquí se interesan por esa historia que sucedió hace muchos años —mundo narrado—.

En primer lugar, el narrador mira la historia con suma curiosidad; encuentra en ella un documento que revela la esencia de valores culturales de una sociedad que ya están por desaparecer o han desaparecido; de aquí, la escruta con el mayor detenimiento posible y va observando cada una de las costumbres milenarias allí contenidas. Su actitud corresponde a la de un antropólogo, puesto que muestra la situación con miras a lograr determinado conocimiento sobre una realidad cultural; a su vez, la relación con el lector es auténticamente didáctica, debido a que cada una de las situaciones mostradas operan como auténticas señales y de las cuales no debe olvidarse nada. Es, podríamos decir, un narrador paternalista que produce una fuerte apelación, pues constantemente está requiriendo a su discípulo. Así, las primeras páginas del relato contienen una minuciosa descripción del lugar donde se ubicará lo estudiado. Esta es precisa; señala todo matemáticamente; por eso, la denominamos deíctica. Veamos algunos ejemplos:

"Era Desamparados *por entonces* (Los subrayados son nuestros) un barrio de gamonales en su mayor parte, vecindario escaso repartido en unos cuantos caserones sembrados sin orden *aquí* o *allá* ; por lo demás, una red de veredas a través de potreros y cer-

cados, le servía de comunicación con los pueblos limítrofes de Patarrá, Las Cañas (*hoy San Juan de Dios*); Palo Grande (*San Rafael actual*) y un camino extenso conducía al viajero a la vecina aldea de San Antonio." (p. 13)

"La posición topográfica del barrio, magnífica de todo punto: situado a no larga distancia de las montañas que por el Sur y el Este lo rodean, por *aquellos días* ostentado el lujo de los bosques y los desfigurados por el tijeiteo de los cañadulzales, los marcos que señalan la división de potreros y bienes, y por las abras y socolas." (p. 13).

A través del señalamiento del espacio, el lector implícito se va integrando, paulatinamente, en el interés por lo mostrado. En esto, también puede observarse el distanciamiento de carácter temporal con que se hace la mostración. Dicha perspectiva se hace más clara mediante el surgimiento de las oposiciones temporales. Algunos ejemplos nos lo demuestran:

"Era Desamparados por entonces un barrio de gamonales . . ."

"Nada desamparados anduvieron, por cierto, nuestros abuelos: los maizales y frijolares se iban arriba con un vicio que hoy se pagaría por verlo —como dicen añejos restos de aquellas generaciones—; los ganados se criaban retozones en las dehesas y anualmente las trojes se llenaban de bote en bote." (p. 13)

Estas relaciones se aprecian con claridad en las páginas iniciales, debido a que es allí donde se definen las características del narrador y la figura creada del lector. Una vez que la historia comienza, la fuerza apelativa se mantiene, pues se muestran una serie de costumbres que deben ser observadas con gran detenimiento. El tiempo en que se desarrollan los hechos es el pretérito indefinido, ya que el interés de conocimiento no es de tipo histórico, sino antropológico.

"La tarde en que esta historia comienza, *vísperas de la Concepción por más señas*, era de harto trajín para los habitantes del barrio, pues una costumbre inmemorial los traía en carreras." (p. 14)

A causa de la distancia temporal y el detallado conocimiento sobre el mundo, la narración se hace desde un punto de vista olímpico; corresponde a la narración hecha por un narrador omnisciente total. Se autovalora prepotente —inmersión en otro sistema de valores— y califica el mundo de simple, desplegándose así una buena dosis de ironía. Obsérvese, por ejemplo, cómo aparece, al valorar las cosas en el siguiente texto:

"Por obra y gracia de algunos y de común acuerdo con el venerable Cabildo Eclesiástico de San José, el barrio había echado en olvido su primitivo nombre de Dos Cercas, para ponerse bajo el patronato de la Virgen de los Desamparados, la cual vivía a la sazón —sin perifollos en la vestidura— en el santuario dicho y ocupaba un altar, sin más adorno que las flores llevadas por los feligreses.

Nada desamparados anduvieron, por cierto, nuestros abuelos: los maizales y frijolares se iban arriba con un vicio que hoy se pagaría por verlo —como dicen los añejos restos de aquellas generaciones—; los ganados se criaban retozones en las dehesas y anualmente las trojes se llenaban de bote en bote." (p. 13)

La objetividad atribuible a la situación mostrada, por esta razón, es sumamente dudosa, pues no se puede dar crédito irrefringido a las afirmaciones ampliamente teñidas por el estado emocional del narrador. Este hecho hace que el hablante básico se identifique con uno de los bandos en conflicto. Como ya lo hemos notado en la síntesis de la fábula, se muestra el enfrentamiento de la generación de los adultos y de los jóvenes, que al final termina vencida con el matrimonio de don Sebastián Solano. El narrador, desde su posición olímpica, repudia este valor cultural de la sociedad y toma partido con el bando de los jóvenes. Cundila, el Moto, Panizo, etc., son buenos, agradables, puros. En cambio, don Soledad Guillén, don Sebastián Solano, el maestro don Frutos, el cura don Yanuario Reyes, etc., son malos y reúnen todos los elementos negativos. De aquí, en la obra asoma cierto esperpentismo en la descripción del mundo de los viejos. Léanse las siguientes descripciones:

(6) García Monge, Joaquín. *El Moto*. (10ª Ed. San José, Costa Rica: Librería, Imprenta y Litografía Antonio Lehmann, 1968), p. 42. Para efectos de la ubicación de las citas que usamos en este trabajo, usaremos la edición recién citada. En adelante, sólo pondremos el número de página o páginas junto a la cita correspondiente.

"Esparrancado en un cuero, con el espinazo en arco como el de un gato sentado, las antiparras —de vidrios azules montados en armadura de madera negra— encajadas sobre el lomo de las narices, se hallaba don Soledad, contando las ganancias del año y con los ojuelos verdes y hundidos refijos en los montoncitos de reales, escudos y medios.

El vetusto lugareño, vestido con una camisa blanca en otros días y ahora tirando a semejar de zaraza por las manchas, y con los pies metidos en zapatones de capellada abierta, hablaba entrecortado y valiéndose de los dedos para llevar el cálculo." (p. 15)

"Y era don Sebastián Solano lo que suele llamarse un buen sujeto. Años y más años habían caído sobre su cuerpo elástico y pellejudo y frisaba a la sazón en los cincuenta, aunque pudiera decirse que aparentaba diez menos." (p. 29)

"Era el maestro don Frutos un hombre descalzo, metido de piernas en unas bragas azules amarradas a la cintura por una banda de redecilla morada; una chaqueta cerraba su busto corto y apretado; tirando a mestizo, tenía los carrillos lucios e inflados como los de un trompetero, el mostacho de pelambre ralo y tieso como el de un gato, la melena lacia, sin una cana y partida en el medio por una raya hecha en la cabeza. Setentón era él, con una musculatura envidiable y muy potente para alzar de las orejas, hasta hacer ver a Dios, a cualquiera de sus alumnos." (p. 21)

De esta manera, toda la porción de mundo referente a los viejos se presenta mediante una constante degradación. En cambio, el mundo referente a los jóvenes no es degradado, sino ampliamente vital. Léase, a continuación, la descripción que hace el narrador del Moto y de Cundila en el momento del fandango:

"No se hizo aguardar el poeta y apareció entre el apretado círculo el mismísimo Moto, con su pelo arrollado en colochos por la cabeza, el ojo redondo y negro como el carbón, la oreja pequeña, delgado el cuello, el cuerpo enjuto y muy suelto de piernas.

Abriéndose campo y empujada por las amigas, estuvo después la más buena moza del barrio, y en los bailes la más espontánea. Con la frondosidad envidiable con que rompen sus tiernas envolturas las matas de maíz por los campos, así la galana Cundila había desarrollado sus formas y adquirido esa redondez encantadora de una organización bien constituida.

A la sazón vestía ligeramente y era de verla con sus mejillas y brazos velludos, con toda la frescura de una calabaza en agraz y con sus dos trenzas echadas por la espalda y rubias como una melcocha dulce." (p. 26)

La vitalidad de estos personajes es creada por la atribución de cualidades de la naturaleza. Naturalmente, aquí se observa cómo el sistema de valores en que se desenvuelve el narrador lo lleva a calificar también irónicamente el mundo de los personajes jóvenes. De aquí, la unidad de mundo se construye por el recurso de las oposiciones. Se muestran cosas opuestas que llevarán a un resultado que no se podrá variar. El narrador es consciente de ello y, por lo tanto, sabe que su prepotencia no podrá cambiar el curso de los hechos; no lo hace porque es fiel a su principio de objetividad. Sin embargo, se indigna y lanza exclamaciones de repudio; adelanta cosas que, en cierto momento, no tienen ninguna trascendencia. Véase la exclamación que lanza al inicio del capítulo II:

"¡Ay de quien le hubiese sorprendido en aquellas ocupaciones; se habría llevado un redoble de pescozadas, así hubiese sido el mismísimo Presidente de la República o su más íntimo amigo don Sebastián Solano." (p. 15)

Sus intervenciones y valoraciones son muchas a lo largo de todo el relato. Seleccionemos algunas de ellas:

"¡Hombre aquel, para quien la exigencia y el orden marchaban aunados! ¡Férrea mano que sujetaba muchas cervices! ¡Varón virtuoso —que lo mismo se iba caballero sobre una mula de esta finca a la otra— como ocupaba el puesto de Alcalde o de Cuartelero cuando se ofrecía! Y tal hombre era ni más ni menos que el padre de Cundila Guillén!" (p. 17)

"¡Cuánto saboreó el Moto, aquellos minutos del suelto!: expansión única de amor. ¡Qué rigurosidad la de los padres de Cundila y no menos la de su padrino!" (p. 27)

Y de esta manera, el narrador se convierte en un personaje más del relato. Así, a pesar de que la narración es omnisciente, llega a ponerse de manifiesto, como en el siguiente caso:

"Pues digo que aquellos muchachos contaban ya pocos días, para no respirar más el aire tibio del camaranchón escolar y partir para sus labranzas a echarle el ojo a la moza de su gusto." (p. 21)

Al adquirir esta cualidad, resulta en ocasiones tan ingenuo,

que prepara y sugiere cosas que ya las ha dado a conocer anteriormente; opera con una especie de ceguera emocional. Así, después que ha relatado los acontecimientos en que don Sebastián Solano ha pedido a Cundila, se refiere al Moto que va en busca del consentimiento del cura don Yanuario Reyes, para que interceda por él y exclama en forma interrogante:

"No pocos pensamientos traían al retortero a José Blas. Ni pizca había advertido de los apuntes amorosos de don Sebastián: insensato él, si se hubiese metido en mala hora en los asuntos que concernían a su padrino! Su adoración por Cundila redobló con los días, pero una barrera se le oponía a continuar adelante: ¿cómo pedirle a los tatas? ¡Aquella sí que era una empresa morrocotuda para el Moto!" (p. 30)

Toda la mostración se hace de manera explícita; es decir, el narrador constantemente se pone de manifiesto e insta al lector a tomar partido. Las relaciones establecidas entre éstos son claras. El narrador, al mostrar con prepotencia, configura la imagen de un lector implícito sumamente pasivo, que se va comprometiendo con la porción de mundo, de acuerdo con el compromiso que aquél vaya teniendo. Así, al final del relato, se da una verdadera identificación con el Moto y se llega a un repudio de los otros personajes y de todo lo que los rodea. Prueba de esto es que el lector y el narrador sacan a José Blas de los Desamparados para olvidarse de las maldades allí descubiertas:

"El Moto no replicó: un profundo sollozo salió de su pecho; quedóse inmóvil un instante y luego se alejó lentamente.

—¿Adónde vas? —le preguntó don Yanuario.

—A las salinas . . . al fin del mundo . . . pa no volver. ¡Adiós, padre!

Y la campana con su alegre repiqueteo parecía responder al último adiós del Moto, el cual, claudicando de la pierna derecha partió al acaso, sin rumbo, sin volver la cabeza: iba abrigado en las sombras de la noche, por entre la red de vedas, al través de potreros y cercados." (p. 42)

Por eso, al final del relato encontramos un lector ampliamente comprometido con la situación mostrada y de este compromiso resultan algunos valores de la obra.

Por todo lo anterior, vemos que el proceso narrativo del relato no se sostiene sólo en un interés de información —enseñanza—, sino que éste se utiliza para poner de manifiesto intereses, actitudes, que deberían quedar fuera de la estructura lingüística en que se manifiestan, pues ésta se define precisamente por la significación objetiva de un mundo que un ente hablante muestra a un ente receptor.

LO MOSTRADO

El mundo mostrado en *El Moto* se sostiene en una estructura actancial interesante: Cundila Guillén es el centro de convergencia de las secuencias de acción generadas por los otros personajes. Funciona como un objeto en disputa, pero a la vez como sujeto en disputa. A su alrededor, se encara la generación de los adultos y la de los jóvenes; se establece una lucha pronunciada por poseerla y al final se impone la que cuenta con más poder: la de los adultos. En el enfrentamiento mostrado, Cundila actúa y se manifiesta como joven. Sin embargo, este personaje es aprovechado por el narrador para mostrar el fenómeno vital de una

sociedad que ya está por desaparecer, pues ella —Cundila— está conectada directamente a la generación de los adultos y debe actuar de acuerdo con la determinación de éstos; es el puente de unión de los dos grupos de personajes y, por lo tanto, se manifiesta como un personaje híbrido. Precisamente, en esta hibridación de su carácter, el narrador encuentra la esencia de lo mostrado y recurre las manifestaciones de los dos grupos para mostrar el carácter patriarcal de la sociedad. En cada una de las situaciones mostradas, vamos encontrando una generación adulta que aplasta a la joven. Desde el inicio, José Blas está sometido al dominio de don Soledad Guillén, del maestro don Frutos, de don Sebastián Solano, etc. Luego, una vez que pretende a Cundila, sigue sometido al poder de éstos, pero experimenta una destrucción espiritual y física. Fundamentalmente, en este proceso de destrucción, la generación de los jóvenes se va reduciendo, hasta quedar sólo José Blas. Panizo, Cundila, etc., se asimilan a la estructura social patriarcal y únicamente el Moto se enfrenta a ella. Su oposición lo lleva a una destrucción total. En esta caída constante de José Blas, se funda el carácter de héroe que adquiere. El narrador y el lector paulatinamente le entregan sus simpatías. De aquí, puede explicarse fácilmente la razón de las características de la narración y apelación estudiadas. En verdad, sobre esto se encuentran los otros dos estratos del mundo: acontecimientos y espacios.

Una rápida mirada sobre el espacio en que se desenvuelven los personajes nos lleva a un Desamparados muy campesino: "Era Desamparados por entonces..." (p. 13). Las características de este espacio corresponden a la elaboración de patrones culturales campesinos. He aquí algunas descripciones:

"Con aire patriarcal y rezando una oración de gracias a Dios, se dio una vuelta por la casa: echó una mirada por las trojes, de allí al trapiche y se informó si los yugos y aperos de labranza se encontraban en su lugar; anduvo por el corral, pasó cerca de los chiqueros; tendió la vista por los campos y notó que los ganados, pasado el ramoneo del día ibanse llegando a buscar el calorito de la casa; miró a los vecinos del barrio que allá, en el bajo, cogían el agua del Tiribí y en cambio a la del Damas ni caso le hacían, porque según las creencias vulgares era salada." (p. 16)

"La casa de doña Benita, plantaba en un extremo de la plazoleta, ofrecía a la vista ventanas voladas con rejas de madera, puertas que giraban sobre ejes cortos y jardines a los costados.

Varias cruces pintadas en forma de franjas blancas, rojas y amarillas, pendían de las paredes y eran allí el único ornato; otras hechas de piñuela en sazón y cubiertas de chinillas, componían los regalos ofrecidos a la Señora.

La sala era espaciosa. A un lado una mesa hermosea: de sus bordes salen ramas de uruca en arcos, y de los ramos penden flores encendidas. En el fondo y como acurrucada entre la verdura, está la cruz, y qué cruz!: una camisa blanca y bonita, con abundancia de ribetes, como hecha de encargo la cubre el cuerpo; enaguas rameadas y con estrellitas, se ajustan al extremo inferior. Agréguese a esto algo que resalte, una tela chillona hecha un bulto redondo y puesta en la parte superior y tendremos una copia de esas muñecas de trapo que usan las niñas y por la cual tienen veneración profunda los campesinos.

Por añadidura: un pañuelo con pájaros caído hacia adelante y encima de los brazos de la cruz y unidas las puntas por una espina, le viene de rechepute." (p. 24)

El espacio, en su totalidad, es un pueblo campesino. De él, no encontramos una descripción minuciosa, sino a grandes pinceladas; es decir, se muestran sólo partes que están en función del carácter patriarcal de la sociedad.

Cosa parecida ocurre con los acontecimientos. En la obra no encontramos grandes secuencias de acciones, sino breves. La estructura actancial se define no por lo que los actantes hacen en grandes secuencias, sino por lo que sugieren las breves situaciones en que ellos aparecen involucrados. La luminaria, el fandango, el rosario, un amanecer, la escuela, etc., son algunas de ellas; corresponden a costumbres inmemoriales que el narrador quiere recoger. Sin embargo, este fragmentarismo adquiere unidad de significación, puesto que está en función de las relaciones amorosas allí mostradas y más concretamente en función del acontecimiento del matrimonio que se presenta en el seno de esa sociedad patriar-

cal. Esto puede notarse claramente, pues una vez delimitadas esas relaciones amorosas en la pluralidad de situaciones costumbristas, la Segunda Parte ya se construye en torno al acontecimiento amoroso y la estructura del relato cobra más vigor.

Las consideraciones hasta aquí contenidas nos llevan a evidenciar que la estructura narrativa de *El Moto* es de acontecimiento, debido a que los elementos de la fábula se organizan en torno al acontecimiento del matrimonio y el narrador y el lector se encuentran interesados en el conocimiento de este valor de la sociedad pasada. Sin embargo, en este interés por conocer encontramos que la estructura es más bien de espacio, puesto que se está tratando de conocer una realidad cultural que está en vías de desaparición. La posibilidad de conocerlo se encuentra en el acontecimiento del matrimonio; pero no se queda allí, sino que se extiende a una cantidad de situaciones que también amplían el panorama de ese espacio cultural. Este pluralismo de situaciones tiene sentido en tanto contenga elementos característicos de esa sociedad patriarcal y en tanto sean medios que conduzcan a esto, también llevan a la gestación del matrimonio, que es uno de los elementos en que mejor puede observarse la esencia del tipo de sociedad mostrada.

De esta manera, el espacio cultural es el englobante de toda la situación. Todos los pequeños cuadrillos superpuestos en que la obra se estructura externamente tienen sentido en tanto se ordenen en torno a la costumbre milenaria de aquel pueblo, que puede definirse como el de ser una sociedad patriarcal. Y es precisamente el conocimiento de este valor lo que determina el significado final que adquieren todos los elementos en el relato. Naturalmente, personajes, espacios y acontecimientos mostrados en las pequeñas situaciones se aglutinan y logran verdadero sentido en torno a este valor buscado y encontrado.

Lo investigado en el presente trabajo nos lleva, ahora, a proponer una mirada final sobre la estructura narrativa de *El Moto*. En primer lugar, encontramos que corresponde a una auténtica estructura costumbrista, por cuanto en ella se significa ampliamente el conjunto de costumbres de un pueblo que corresponde al espacio cultural en que se manifiesta. Ahora bien, a pesar de que se manifiesta como una estructura encubierta, pues aparenta el acontecimiento, esto nos lleva a encontrarla más auténtica como costumbrista, por cuanto el narrador, aparentando un interés antropológico y moviéndose en realidad por él, se interesa por acontecimientos o por personajes para investigar allí la esencia de las costumbres y sobre ellos construye el relato. Esto daría pie para proponer una clasificación de los relatos costumbristas por estructuras aparentes de acontecimiento o de personaje. Sin embargo, para llegar a ello se necesitaría una detallada descripción de cada una de las obras narrativas presentadas en nuestra literatura.

Otro de los elementos que podría investigarse es la evolución que tuvo el narrador en este tipo de producción literaria, para poder vislumbrar los diferentes tipos de estructuración externa en que se manifiesta en nuestra producción literaria; pero, eso ya no nos corresponde ahora. Sin embargo, puede vislumbrarse que este tipo de obras es producto de un marcado interés antropológico que caracteriza a los narradores de principios de siglo, cosa que sería interesante determinar mediante un estudio sociológico de las mismas.

BIBLIOGRAFÍA

- BÜHLER, KARL. *Teoría del lenguaje*. (3ª Ed. Madrid: Revista de Occidente, 1967).
- GARCIA CARROZA, ELADIO. *Una traducción y un ensayo*. (San Pedro de Montes de Oca: Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1971).
- GARCIA MONGE, JOAQUIN. *El Moto*. (10ª Ed. San José, Costa Rica: Librería, Imprenta y Litografía Antonio Lehmann, 1968).
- KAYSER, WOLFGANG. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. (4ª Ed. Madrid: Gredos, 1972).
- MARTINEZ BONATI, FELIX. *La estructura de la obra literaria*. (Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1960).
- VIDAL, HERNAN. "El modo narrativo en 'El hermano asno' de Eduardo Barrios." (*Revista Hispánica Moderna*, n. xxxiii, 1967).

Palabras, a propósito de mi padre

Eugenio García Carrillo

Tratemos de evocar la imagen física y espiritual de don Joaquín, como lo vieron algunos. Oigamos primero la palabra de los poetas.

Don Gonzalo Dobles nos dio del Benemérito este "retrato":

*Este buen don Joaquín de la cara redonda,
sonriente la mirada, despacioso el andar,
tiene el alma tan pura, tiene el alma tan blonda
como un trozo de cielo que se mira en el mar.
Su palabra sincera tiene un fresco de fronda
que la brisa lejana mueve lenta al pasar,
mientras su pensamiento resplandece y se abonda
en su vida fecunda, francamente ejemplar.
Huidiza la corbata sin vanidad ni gusto,
el chaleco ceñido a su abdomen robusto
y un enorme sombrero descuidado y alón...
Este buen don Joaquín de la cara redonda
tiene el alma tan pura, tan serena y tan blonda
como un chorro de agua convertida en canción.*

Y repitamos con otro poeta, don J. J. Salas Pérez, estas líneas complementarias:

*Como manzana madura
que la respeta el gusano,
don Joaquín tiene una cara
de santo y buen cristiano.*

Doña Emma Gamboa también nos ha dejado de él esta imagen poética:

*Este don Joaquín pausado, sobrio,
con su corazón niño. Tiene aurora todavía
en su tez, en la risa repentina...*

En suma, si aguzáis la imaginación podríais ver a don Joaquín como era, un señor gordito cuyo chaleco, que nunca se quitaba, ni aun en días calurosos, recubría el "abdomen robusto" y disimulaba una corbata anudada al azar cuyas puntas nunca coincidían así como tampoco nunca era del tono del traje. El sombrero alón apenas daba sombra a "la frente alta" pero no a la cara que ostentaba, como él mismo dijo una vez, "buen color de mejillas". Eran los labios finos, pobladas las cejas, los ojos oscuros y la nariz más bien algo gruesa. Había alrededor de él un aire de placidez que no era, sin embargo, ni causado por indiferencia, ni por falta de preocupaciones, ni por pereza. Era más bien un sosiego interior que nacía del conocimiento y de la paz espiritual. Era también mansedumbre pero no falta de reacción al enojo.

Don Joaquín tenía afición a recoger anécdotas populares que alguna vez le sirvieron para escribir pequeños cuentos que él llamó "sucesos" (*La Mala Sombra y otros sucesos*). Como muestra de las anécdotas y demostración de las cosas que irritaban a don Joaquín, la siguiente:

"Se quiere una muestra fiel de la desesperante, mortal y aplanadora resignación criolla? Pues va de muestra.

Me topo con ñor Indalecio y me cuenta, dolido, que ahora le cobran cinco pesos por herrarle la yegüilla.

—Ydai, hombre? le digo.

—No hay más remedio. Como vayan tocando que vayan bailando, me contesta.

Se echa una risilla y me dice adiós.

¡Maldito viejo!..."

Aquí es la resignación sin remedio que provocaba en el ánimo de don Joaquín el deseo de superación, de hacer algo. Esto lo logró con la publicación del *Repertorio Americano* (desde 1919 hasta su muerte en 1958).

La obra que casi solo hacía García Monge como editor, la resume de la manera siguiente don Luis Dobles Segreda:

"¿Y con qué recursos contaba? ¿Con qué colaboradores? Sin imprenta propia, consumiendo sus ahorros en las imprentas ajenas. Con sólo un hábil seleccionador: García Monge, con sólo un erudito corrector de pruebas: García Monge, con sólo un activo rotulador: García Monge, con sólo un cuidadoso empacador: García Monge, con sólo un distribuidor diligente: García Monge".

Oigan esta anécdota relatada por don Manuel Mejía Vallejo y repetida por Julio César Borges:

"Cuenta Mejía Vallejo que un día un extranjero vio cómo un señor entrado en edad, de aspecto jovial y generoso, salía de la imprenta con un cerro de periódicos debajo del brazo.

—¿Me vende un diario, viejito? —habló el extranjero— Pero... es el *Repertorio Americano*. Bella esa labor suya de repartir la revista de este ilustre costarricense que se llama Joaquín García Monge. ¿Lo conoce Ud.? Entonces el otro respondió sonriente:

—Algo, algo... yo soy García Monge.

La estupefacción del extranjero no tuvo límite y vio alejarse a García Monge con paso rápido hacia el Correo, gozoso de haber sido confundido con un vendedor de periódicos".

Otra anécdota sobre las publicaciones de don Joaquín, relatada por Justino Cornejo:

"En una de las tantas veces que fui a verlo, le pregunté curioso por los talleres en que edita el fruto de su vocación. El viejo se rió bonachonamente y dijo:

—José Vasconcelos cuando me visitó hace años, hizo más que Ud., pues se levantó vehemente y tomó hacia la pieza contigua, creyendo dar allí con las máquinas. La verdad es, mi buen amigo, que no tengo, aquí ni en ninguna parte, instalación tipográfica alguna de mi propiedad. Y lo peor es que un día llegará en que no consiga editor, pues como en eso de corregir pruebas soy inexorable hasta lo maniático, la gente se fastidia y rehusa trabajar para mí, que resulto anacrónico y pesado en esta época en que maldito el caso que hacen los unos y los otros de los gazapos en que incurren. Llevando conmigo los originales, salgo a buscar impresor, y luego tengo que hacer cien viajes para lograr al fin la presentación casi impecable que constituye uno de los pocos méritos de *Repertorio*.

Del *Repertorio* dijo don Joaquín:

"En verdad, publicar el *Repertorio* es una manera de defenderme; no son ellos, los que lo reciben y leen por acá, los que ganan; yo gano más con hacerlo". Se definió como "cuadernos de cultura hispana". Fue "la fiesta de la cultura, de la cultura hispánica definida como catolicidad, como eternidad". ¡Que así siga!

Joaquín García Monge

Victoria Garrón de Doryan

Hay hombres que con su vida y su ejemplo dan renombre a su Patria. Uno de estos hombres es Joaquín García Monge.

Joaquín de Jesús fue el cuarto de los siete hijos de don Joaquín García Calderón y doña Luisa Monge Guerrero. Sin embargo, aunque por orden de nacimiento fuese el cuarto, se convirtió en el segundo por la muerte de sus hermanitos José Joaquín y Ceferina. Nació en la ciudad de Desamparados el 20 de enero de 1881.

Los primeros grados de la escuela los cursó en su pueblo natal, aunque ya había aprendido a leer solo, hojeando los periódicos que llegaban a la oficina de su padre y los libros de la biblioteca de su tío Benito Monge. A la edad de ocho años muere su padre y comienza la influencia definitiva de doña Luisa, su madre, influencia y amor que iluminó toda su existencia.

A la edad de 9 años ingresa al internado del Liceo de Costa Rica en donde cursará toda su educación hasta la edad de diecisiete años en que obtuvo el título de Bachiller. Los Directores de esta institución fueron don Luis Shonau y don Carlos Gagini. Ambos tuvieron gran influencia en su vida.

Al año siguiente de graduarse de Bachiller, lo encontramos en Desamparados: leyendo, meditando, escribiendo y entrando en contacto con la tierra. Pues siempre ostentó con orgullo su condición de campesino sano, hijo de campesinos.

Entre los diecinueve y veinte años, escribió y publicó tres novelas: *El Moto*, en la cual él mismo confiesa que tuvo influencia de José María de Pereda; *Hijas del Campo*, al estilo de Zolá y *Abnegación*, en que se siente la influencia y admiración por Tolstói. La publicación de estas tres novelas fue muy importante en el campo de las letras costarricenses, puesto que con ellas, como dice Abelardo Bonilla en su libro *Historia de la Literatura Costarricense*, se inicia la influencia del realismo y el costumbrismo en la literatura de nuestro país.

En 1900 comienza a trabajar como maestro, en la Escuela Buenaventura Corrales. Y esta profesión de maestro será otra de las pasiones de su vida. Hombre de apariencia serena don Joaquín y sin embargo, tuvo grandes pasiones: la enseñanza, la divulgación de las ideas, la libertad, la defensa de los débiles.

En 1901 el Ministro Justo Facio le otorga una beca para estudiar en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Joaquín de Jesús, como tantos otros costarricenses ilustres, bebió en Santiago las corrientes pedagógicas, literarias y filosóficas de la época. Absorbió las corrientes de Bello, de Sarmiento, de Moreno, de Hostos, de Darío. Allí se compenetró del *Ariel* de Rodó y del *Catecismo Revolucionario* de Bakunín. Con este bagaje cultural y emocional, regresó a Costa Rica en febrero de 1904 y en marzo del mismo año ya había sido nombrado profesor en el Liceo de Costa Rica, que dirigía con mucho acierto el profesor chileno don Zacarías Salinas.

El Liceo de Costa Rica, como muy bien lo dice Isaac Felipe Azofeifa en su reciente libro acerca de esa institución, fue un faro que dirigió y formó a la juventud de aquella época en un ambiente de estudio responsable y de apertura espiritual. En cierta forma suplía lo que es hoy la Universidad en Costa Rica. Pero no duró mucho en ese puesto. Un problema entre el Director Salinas y el Gobierno de don Ascensión Esquivel, un rasgo de identidad espiritual de don Joaquín con su Director, y los dos son separados de sus cargos.

Volvió a su pueblo natal, otra vez a leer, a meditar, a conocer mejor los sentires y decires de nuestros campesinos...

De allí lo arranca en 1906 el Presidente González Víquez y lo nombra profesor en el Colegio Superior de Señoritas. La influencia que sobre la formación de varias generaciones de señoritas tuvo don Joaquín, fue muy grande, como puede constatarse cuando se habla con sus alumnas de aquella época, porque fue un profesor que no se contentaba con dar magistralmente su clase, sino que despertaba en sus discípulas deseos de leer más, de conocer más, de meditar y discutir también los problemas de la época y del mundo. En el Colegio de Señoritas trabajó once años consecutivos.

En 1909 contrajo matrimonio con la señorita Celia Carrillo Castro, matrimonio del cual nació su único hijo, Eugenio. Este

matrimonio lo convirtió en concuño de don Roberto Brenes Mesén, con quien desde hacía varios años mantenía recia amistad. Esta época fue muy importante para don Joaquín: contrajo matrimonio y formó parte activa del Centro Germinal, junto con Rómulo Tovar y Omar Dengo. Centro de gran actividad política al que debemos la celebración en Costa Rica del "Día del Trabajo" a partir de 1913 y el que impulsó la idea de una Universidad Obrera, que recién ahora, después de tantos años, comienza a tomar forma en la Universidad Nacional. Entre 1906 y 1916 se ocupó de publicar la *Colección Ariel*, revista monográfica, en la cual editó mucho de la generación del 98 y de los modernistas. En 1915 se funda la Escuela Normal de Heredia durante el gobierno de González Flores y don Joaquín comienza a trabajar en ella, bajo las direcciones de don Arturo Torres y de don Roberto Brenes Mesén. En 1917 asume la Dirección de este centro de enseñanza y al mismo tiempo escribe su mejor obra, según opinión de Abelardo Bonilla, *Mala sombra y otros sucesos*: "...son sólo quince cuentos, algunos simples cuadros, casi sin descripción, pero en los que el escritor, ya maduro, triunfa por la sobriedad y lacónica exactitud del lenguaje y por la profundización de lo humano".

Escribe también *Cuadernos de Pedagogía* especialmente para profesores y alumnos de la Normal, pero sólo alcanzó a editar dos. Y tenía listo para publicar *Culleos y majafierros y otros relatos* pero no lo publicó nunca. Esa colección contiene cuentos muy interesantes como *Una extraña visita*, que podría conceptuarse como un cuento precursor de la literatura fantástica, tan en boga en este momento.

Como Director de la Escuela Normal duró sólo un año.

En tiempo de los Tinoco fue destituido por no haber dado su voto a favor de quien quitó de la silla presidencial a don Alfredo González Flores.

A raíz de estos problemas políticos don Joaquín partió para Nueva York. Allí quiso editar un *Repertorio Americano* al estilo del que editara don Andrés Bello a principios del siglo XIX, pero fracasó en su intento. Sintiendo nostalgia por su patria, regresa a Costa Rica y le corresponde intervenir ante el General Juan Bautista Quirós, quien había asumido el poder inmediatamente después de la huida de los Tinoco. El discurso que pronunció ante el General Quirós, instándolo para que Costa Rica volviera a la normalidad del sufragio, fue muy vibrante. Viene luego el gobierno de transición de don Francisco Aguilar Barquero y don Joaquín tiene oportunidad, en los ocho meses que ocupó el cargo de Secretario de Estado en el Despacho de Educación, de dar a conocer sus conceptos sobre política educativa.

Importantes cambios quiso introducir, igual que en 1908 cuando con don Roberto Brenes Mesén, redactó unos programas muy adelantados para la época. Dentro de esta política educativa propuso la creación de un Hospital de Niños y de una Sociedad protectora de la niñez; impulsó las colonias veraniegas, la educación de adultos, los patronatos escolares y las huertas caseras.

Deja el Ministerio de Educación y es nombrado Director de la Biblioteca Nacional, puesto que desempeñó con mucho acierto, hasta 1936.

¿Cómo le gustaba entretener a los niños prestándoles libros adecuados y leyéndoles algunas historias, tal cual su profesor Shonau había hecho con él, cuando vivía en el internado del Liceo de Costa Rica! A él se debió la sala de lectura especial para los niños que instauró la Biblioteca Nacional.

En 1935 realizó uno de los sueños de su vida: invitado como observador a la Liga de las Naciones en Ginebra, conoció Europa. De Suiza pasó a Francia en donde estaba su esposa Celia y su hijo Eugenio quien estudiaba medicina en París. Siguió luego para España, invitado por Salvador de Madariaga. Muchos años después, recordaba con pasión este salto al viejo mundo. Como recordó siempre con placer los tres años que vivió en Santiago de Chile. Siempre decía: "Chile me aprovechó mucho, de allí cogí el impulso que todavía me dura hacia la función social de escritor, de editor y de maestro". De regreso a Costa Rica, no quiso dar la adhesión a uno de los partidos políticos que se disputaban el poder. Este gana las elecciones y es retirado don Joaquín de su puesto de Director de la Biblioteca Nacional. Ese mismo año, 1936, se acogió a la pensión del Estado.

A partir de esta fecha sigue adelante con la labor callada, pero importante, de sus ediciones: *Autores Centroamericanos* en que aparecen obras de Masferrer, Carmen Lyra, Rómulo Tovar, Magón, etc. *Convivio*, la colección de más larga duración, de 1916 a 1950. Aquí publicó obras de carácter más universal: *Parini* (Giacomo Leopardi), *El jardinero* (Tagore), *Evangelina* (Longfellow), *El loco* (Jalil Gibrán), *Tú y yo* (Paul Gerald), etc. Fue la única colección que tuvo su agencia distribuidora en Nueva York. *Colecciones Sarmiento*, en donde publicaba lo netamente hispanoamericano. *La Edad de Oro*, inspirado en Martí. Ocho libros de lectura para escuelas y colegios.

En cuanto a su obra magna *Repertorio Americano*, lo editó durante cuarenta años, de 1919 a 1959, si tomamos en cuenta el número póstumo. El mismo seleccionaba el material, lo transcribía, lo llevaba a la imprenta, revisaba las galeras, corregía pruebas. Recibía de la imprenta la revista, la rotulaba, la distribuía. Es increíble que esta revista, que tanto renombre le diera a Costa Rica, haya sido la labor de un solo hombre.

Pero retrocedamos a 1936. Después de pensionado, se retira a su casa de habitación, situada frente a donde hoy día se encuentra el edificio de la Caja Costarricense de Seguro Social, y allí instala su modesta oficina. Oficina desde la cual irradiará por muchos años, hasta su muerte acaecida el 31 de octubre de 1958, toda su bondad, su saber, su espíritu de lucha, su personalidad, sus ansias de libertad, entregándose por entero al servicio de la patria y de sus semejantes.

¿Cuánto perdió la Universidad de Costa Rica al no haber llamado a don Joaquín para ser de los profesores fundadores de esta Alma Mater! Pero él mantuvo una verdadera cátedra universitaria desde su casa y a través de las páginas de *Repertorio Americano*.

En 1944 le otorgaron el premio María Moors Cabot de la Universidad de Columbia, que consistía en una placa y el dinero para que cubriera los gastos de ida y regreso a recoger el premio.

Don Joaquín con su personalidad tan especial, contestó en la siguiente forma:

Mi muy estimado Sr. Dean Ackerman:

A fines de setiembre tuvo Ud. la bondad de remitirme por correo aéreo el cheque N° 676218 por la suma de 1.000 dollars contra el Corn Exchange Bank Trust Company. Como debido a mis quebrantos morales y nerviosos no puedo salir, como no hay viaje, le devuelvo ahora el citado cheque.

En el reverso he puesto esta razón: Pay to the order of Carl W. Ackerman. Espero que sin novedad llegue a sus manos. Y debo darle las más sentidas gracias por la muestra de confianza que me dio al remitírmelo. Ahora, al devolverle el cheque, lo hago por correo aéreo y bajo cubierta certificada para mayor seguridad.

No olvidaré sus atenciones conmigo; Ud. ha sido muy amable y muy bueno. Sólo me duele haberle proporcionado molestias con mi resolución de no salir, por el momento inevitable para mí. Hemos de ser buenos amigos. Yo le seguiré remitiendo el *Repertorio Americano* en prenda de amistad y aprecio.

Y créame su afmo. amigo y servidor.

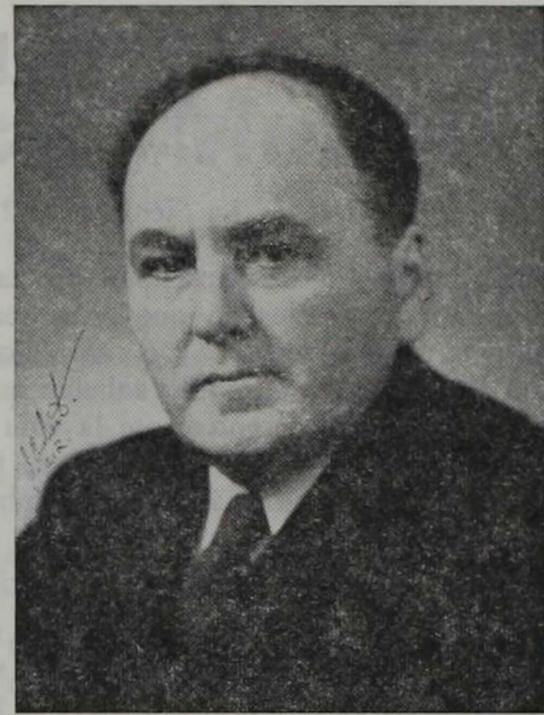
J. García Monge.

Cuentan que también tuvo mucha dificultad para retirar la placa del premio, pues en la aduana le cobraron impuestos y don Joaquín no tenía disponibles los ochenta colones que le cobraban.

En 1953 fue candidato a diputado por el partido Vanguardia Popular, pero faltando pocos días para las elecciones, este partido fue disuelto por el Gobierno, aplicando el artículo 98 de la Constitución.

Este contratiempo no lo desanimó, ofreció públicamente seguir luchando por sus ideales de bien común. Antes de haberse disuelto el partido que lo postulaba, escribió el 15 de junio de 1953, el siguiente artículo:

... "No soy hombre de partido, ni lo seré; la política no me apasiona. La diputación que me ofrecen en sí no me desvela. La he aceptado como posible puesto de vigilancia si los venideros días se nublan. Hay que estar cada cual en su sitio de honor y a la defensa de la democracia como libertad y justicia social, como solidaridad y cultura.



J. García Monge

Como Diputado posible me reservo absoluta libertad de pensar y de conducta. A las ideas no las temo, por arriesgadas que sean. He reflexionado lo bastante la historia del mundo para explicarme que las ideas hoy alarmantes y perseguidas, mañana se aceptan sin temor. Lo esencial es que a su debido tiempo se discutan, se comprendan.

De mi parte, en el cargo, si lo obtengo, ni programas, ni proclamas. Creo en el trabajo silencioso, desconfío del bullanguero... Más vale que por los frutos sepan lo que pueda hacer. Fiel a los principios, sin alardes ni presunciones.

Como Diputado prometo decoro, estudio y comprensión de los asuntos y amor a la Patria como altar. Tengo mi brújula y sé a dónde voy.

Y así correspondería en parte, a la satisfacción y esperanzas con que tantos de mis conciudadanos me detienen al pasar para ofrecerme su aplauso y apoyo.

Esperemos, pues; el destino dirá lo que sea".

Antes de morir en 1958 recibió varias medallas por sus méritos y fue declarado Benemérito de la Patria por ser un "ejemplo vivo de amor al servicio público y uno de los grandes valores intelectuales de América".

Podemos resumir la trayectoria de don Joaquín diciendo que mantuvo fidelidad a la tierra, a las costumbres, a las cosas nuestras. Luchó por la unidad de América Hispánica y soñó con el hombre nuevo americano, conjunción de Oriente y de Occidente.

Y este año de 1974, por feliz coincidencia, ha sido un año especial para honrar su memoria: la Editorial Universitaria Centroamericana EDUCA, ha publicado las *Obras escogidas de García Monge* con prólogo de Alfonso Chase y selección de Eugenio García Carrillo; la Universidad Nacional de Heredia, ha creado una cátedra que lleva su nombre y también ha asumido la enorme responsabilidad de seguir editando el *Repertorio Americano*. Y la Asociación de Damas Costarricenses en Honduras, ha logrado fundar e inaugurar una sala de lectura y biblioteca que ostenta el nombre de este ilustre costarricense. Todo ello nos habla de la vivencia de este hombre extraordinario que fue Joaquín García Monge, mentor de juventudes y señalador del destino de América.

30 de julio de 1974.

El arado y la pluma

Joaquín García Monge

La Siembra 1:52, 1905

Los buenos padres que se preocupan por la educación de sus hijos, están empeñados en que éstos sean mañana hombres de pluma, pero no de arado, o como dicen por acá, de pala y machete. En otros términos, anhelan que sus hijos ganen más tarde cómoda y decentemente la vida por medio de las carreras profesionales que hoy existen, pero nunca con el rudo y sudoroso trabajo manual del hombre que cultiva la tierra.

Esta preocupación me parece demasiado pueril. Veamos.

El arado, el machete, la pala, el zacho, lo mismo que la pluma, desde centenares de años atrás han sido instrumentos civilizadores de primer orden, puestos al servicio del hombre para que con ellos obtenga el sustento, la dicha, la perfección.

Con los instrumentos de labranza el hombre limpia de las malas yerbas el campo cultivable y luego las incendia o las entierra; con la pluma, en el campo humano, siega las añejas preocupaciones, las instituciones cadavéricas, los hombres tiránicos o retrógados, si es preciso los quema y también los sepulta.

Con el arado abre sobre el fecundo surco que ha de recibir más adelante la semilla; con la pluma abre un surco luminoso en el entendimiento y en el corazón de los hombres, y los prepara para un cultivo que redime.

Con los instrumentos de labranza cosecha los ricos frutos que han de sustentar en abundancia los vientres inflados de los poderosos y con escasez los vientres flacos de los pobres; con la pluma las inteligencias observadoras y los corazones sensibles almacenan buenas ideas y sentimientos buenos, noble tributo que una generación avanzada produce para el servicio de las que vienen, a fin de que de día en día alcancen la liberación completa de todas las esclavitudes que hoy oprimen.

Con el arado los infelices proletarios del mundo, en todos los tiempos, han trazado sobre el suelo terronudo y negro el silencioso y tristísimo poema de sus desventuras, sellado con la planta de sus pies y humedecido con el sudor copioso de sus frentes; con la pluma los hombres justos, sinceros, valerosos, geniales y sensibles, fijaron sobre el papel la visión interna que del mundo tuvieron y penosamente sellaron con tinta o con sangre, y humedecieron con sus lágrimas esa dolorosa visión.

En la historia de la civilización humana el papel del arado ha sido mucho más modesto que el de la pluma, pero no menos importante. Ha hecho sobre la tierra una labor pacífica y tranquila, siempre beneficiosa para el hombre.

Por el arado el terreno se despereza y remueve para recibir una ventilación que enriquece y fecunda; por él la semilla encuentra un surco propicio para su germinación; por él, la tierra rejuvenecida entrega a los hombres el sustento que muchos por inútiles y esclavos, no merecen. Honradas y encallecidas manos han oprimido siempre el arado; a él no llegan las gentes afeminadas, corrompidas y enfermizas. Es el instrumento por excelencia de los hombres poseídos de fortaleza y de libertad. El arado es un símbolo de honradez y de salud. Los infelices parásitos de la ciudad no serían capaces de manejarlo cinco minutos. En todos los países y tiempos, la clase más sana, tranquila, inofensiva y alegre, manejó el arado a campo abierto, a toda luz, bajo la lluvia, el viento y el sol que dan vigor y salud. Si el honroso mayor número que maneja el arado, reflexio-

nara, el arado sería también un símbolo formidable de regeneración humana.

La pluma, por el contrario, todas las manos pueden manejarla, y cuando cae en sucias manos, es un terrible instrumento de mal. Con la pluma los gobernantes impulsivos, envanecidos y arbitrarios, han firmado la destitución violenta de sus puestos de hombres cumplidores de su deber, que no han sabido ni sabrán adular a nadie; con la pluma los servidores de religiones impuestas y fósiles, han decretado la excomunión de hombres que se atrevieron a pensar por su cuenta, que no reconocieron en este mundo más dios que la Razón; con la pluma los tiranuelos soberbios y corrompidos han decretado la pena de muerte o el destierro para los hombres libres, que no aceptaron ningún yugo; con la pluma los estirados, engreídos y sedicentes dispensadores de una justicia imaginaria aquí en la tierra, han firmado la sentencia de prisión o de muerte para hombres inocentes, víctimas de la perversidad, el encono y la intriga de otros hombres; con la pluma algunos farsantes titulados han devuelto al polvo a seres enfermos que sólo necesitaban para vivir un poco más de alimento, de aire, de luz, y de agua; con la pluma los fariseos interpretadores de la ley —¡también escrita!— dejaron en la calle a una viuda con hijos, o despojaron a una familia de sus bienes, o consiguieron que un justo se fuera al presidio; con la pluma los dueños del oro firmaron un documento que quizá encerraba la ruina de alguno; con la pluma hombres mal intencionados pretendieron manchar más de una fama pura que el fallo de la posteridad ha reconocido después; con la pluma los caballeros de industria han firmado la estafa que los enriqueció momentáneamente; con el manejo infecundo de la pluma, viven parasitariamente en las oficinas públicas, jóvenes existencias que debieran emplear sus fuerzas en el cultivo de la tierra que las independiza, las dignifica y las mejora; con la pluma, puesta al servicio de la adulación rastrera a los poderes constituidos, han vivido y viven hombres sin pizca de vergüenza; con la pluma, en fin, han pretendido, en vano, hacerse una reputación literaria duradera, hombres incapaces de trabajarse una obra de aliento y autores de cuentecitos y versos, más o menos dulzones, sin valor alguno como estilo o como intención.

Las plumas que cómodamente se anidan en las antecámaras ociosas y perfumadas de los ministerios, en la cátedra sumisa, rutinaria y dogmática de la enseñanza oficial, en las redacciones de periódicos sin ideas, escandalosos y perjudiciales, son plumas requetenvilecidas que sólo merecen que se las hiciese en mil pedazos.

La pluma, dichosamente, en el terreno de los conocimientos y de los sentimientos, ha hecho bellísimas y benéficas conquistas, que son para la humanidad su más valioso tesoro. Gracias a la pluma, los hombres conservan admirables obras de buen arte literario que siempre proporcionarán dicha; gracias a la pluma, los sabios fijaron sus observaciones sobre el mundo que nos rodea y con esa carga de conocimientos, el hombre avanza y avanza en el carro de la ciencia hasta lograr su felicidad y liberación.

Quien maneje bien y dignamente la pluma y el arado será, sin duda alguna, un hombre útil en todo sentido.

Ahora sí, cariñosas mamacitas y buenos papás, dejad ese prejuicio contra la pala y el machete. En las manos de vuestros hijos poned no solo la pluma, sino también el azadón y el arado. Así daréis al mundo hombres sanos, laboriosos y con una gran conciencia de su propia fuerza. Y si las madres de una nación enseñan a sus hijos este doble manejo, hay derecho para creer que esa nación será envidiable por su empuje, su dignidad, su independencia y su salud.

La Raya, 1-5-1905

Don Joaquín García Monge

José Basileo Acuña

GARCIA : 'zorro', 'raposo', del antiguo nombre de pila, hoy apellido García, de origen prerromano. Se trata de uno de los tantos nombres propios aplicados al zorro, en calidad de eufemismos, para no mentar su nombre real, de mal agüero entre los campesinos, como sucedió con el francés 'renard'. (Diccionario crítico-etimológico de J. Coromillas, Vol. II, p. 679-80)

MONGE : El apellido se escribe Monje. Don Joaquín, cuando regresó de Chile, varió la escritura de su apellido a Monge, con 'g', para ponerlo de acuerdo con la nueva ortografía propuesta por don Andrés Bello (dato suministrado por don Francisco María Núñez). **MONJE**, tomado del occitano antiguo 'monge', procede del latín vulgar 'monicus': único, solo, solitario, derivado de 'monos': uno, solo. (Idem, Vol. III, p. 423).

JOAQUIN : significa 'Jehová funda o establece'. (Ciencia del lenguaje y arte del estilo de Martín Alonso, p. 423).

Hablar de don Joaquín García Monge (nunca le pude llamar don Joaco) es hablar de un período de nuestra historia patria. Esto ha sido señalado muchas veces. No voy a insistir sobre este punto. Sólo me permitiré evocar, de ese período, la figura de don Roberto Brenes Mesén. Don Joaquín y don Roberto estuvieron unidos por vínculos de familia, de amistad, de trabajo y de ideales. Para mí, no puedo recordar al uno sin recordar al otro. Don Roberto fue mi profesor en el Liceo de Costa Rica. Don Joaquín fue más bien como la sombra de un árbol, que me brindó cariño y consejo, sombra paternal que muchos jóvenes buscábamos. En don Roberto uno encontraba inspiración y guía. En don Joaquín se encontraba también inspiración y guía. Mas las del primero eran dinámicas, retadoras, electrizantes. Las del segundo eran apacibles, serenas, magnéticas. Sin embargo, los dos maestros (en el sentido mágico y catalizador de la palabra) estimulaban a pensar, a sentir, a discernir, a crear y a entrar en acción. Quienes les visitábamos salíamos de su presencia con el deseo de 'hacer algo' por la humanidad (don Roberto), por la patria (don Joaquín).

Don Joaquín y don Roberto tenían vínculos de familia. El uno casó con doña Celia Carrillo Castro. El otro casó con doña Ana María Carrillo Castro, hermana de doña Celia. A doña Celia la conocí cuando yo estaba muy joven. Sucedió que mi hermana mayor, Enriqueta, junto con la señorita Nora Alvarado (hija de don Felipe Alvarado) y la señorita Celia Carrillo, fueron enviadas, por sus respectivos padres, a una institución docente católica a educarse, llamada Saint John's

College, en Brentwood, Long Island, U.S.A. Cuando regresaron las tres, tanto doña Nora, después señora de Salazar, como doña Celia, después de García Monge, venían a menudo a mi casa a visitar a mi hermana. Aunque a los 'chacalines' no se les permitía ir a la sala cuando había visitas, yo me acuerdo mucho de doña Celia porque vestía elegantemente, era muy afable con mi hermana menor y conmigo, además muy alegre. Enriqueta se sentaba al piano y las tres cantaban las canciones de moda de aquellos tiempos. Recuerdo una que comenzaba: "Take me back to New York town, New York town, New York town" (cantada en inglés por ellas). Había otra que cantaban en francés: "La petite tonkinoise, ton-ton-ki-kí, ton tón-ki-noise". Luego tomaban el té y doña Celia nos contaba historias del colegio. A mi hermana y a mí se nos concedía el privilegio de estar presentes, "siempre que nos portáramos bien".

¿Cuándo conocí a don Joaquín? Fue después de mi regreso de Inglaterra. Por ahí de los treinta. En ese entonces se había establecido el grupo de "Los Amigos del Arte", al que concurrían, no sólo poetas, escritores, pintores, escultores y algunos periodistas costarricenses, sino unos cuantos artistas centroamericanos de grandes méritos, como Claudia Lars, Salomón de la Selva, Adolfo Ortega Díaz, Salarrué y otros más que no recuerdo. Casi todos ellos, posiblemente todos, iban a conversar con don Joaquín, en la Biblioteca Nacional, de la que fue su Director. Era ahí adonde uno iba a buscar a don Joaquín, en su "covacha".

La Biblioteca Nacional estaba en su viejo edificio, hoy demolido y su terreno convertido en 'parqueo', en la esquina que forman el cruce de la Avenida 1ª y la Calle 5ª. Se entraba en el edificio por la Calle 5ª, por una ancha puerta, que daba acceso a un vestíbulo. Este se abría por el lado norte y por el sur a los salones de la Biblioteca; por el oeste, lado izquierdo, a un salón de lectura, por el centro a una escalera que se bifurcaba y conducía al primer piso, en donde estaba una sala que servía para las sesiones de la Academia Costarricense de la Lengua; por el lado derecho, a un patiecito interior. En el patio se sentía una gran paz, tal vez por hallarse aislado del ruido de la calle. Al fondo, había una puerta, por donde se entraba finalmente a la "covacha" de don Joaquín. Este tenía su puerta abierta siempre a sus amigos y visitantes. Sentado ante su escritorio recibía a todos con una cordialidad, que no era fingida ni de simple cortesía. El era cordialidad, afectuosa efusión del corazón. Casi siempre había otras personas con él. La conversación se generalizaba, se tornaba amena e interesante. Don Joaquín hacía sus comentarios con una voz suave, serena, matizada a veces con un dejo de ironía, acentuado por un ligero gesto de su boca o por una sonricita burlona.

Fue durante esa época que don Joaquín hizo por mí lo que nadie había hecho: silenciosa y discretamente estimularme a escribir y a traducir. En su *Repertorio Americano*, publicó mis primeros versos, *El cofre de Isabel* (1923), con el que gané un concurso y *Ganimedes* (1930). En él también aparecieron traducciones mías, del inglés y del francés, algunas de las cuales eran traducciones de poetas chinos y japoneses. Don Joaquín consideraba que las traducciones eran medios, deficientes por supuesto, para poner en comunicación pueblos y culturas que vivían encerrados en las cárceles de sus lenguas vernáculas, sin tener, como no los tienen todavía, un lenguaje universal de que echar mano. Gracias a don Joaquín y a doña Teresa Obregón de Dengo, me decidí a publicar "mis cosas", que siempre he creído más dignas de quemarse que de publicarse.

Por situaciones de nuestra política criolla y por esa, su indomable voluntad de no aceptar lo que creía inaceptable, don Joaquín perdió su puesto (política se sobreentiende) y se volvió a su casa, pensionado, solo, ya que doña Celia vivía en Francia acompañando a su hijo que hacía sus estudios de medicina. Este cambio trajo aparejado un cambio de "covacha", su pequeña cueva, en donde permaneció hasta su desaparición de este mundo. Su casa de habitación estaba situada en la Avenida 2ª, a media cuadra entre las calles 5ª y 7ª o sea frente a la Caja de Seguro Social. En la esquina occidental de esa cuadra existió la casa de don Enrique Echandi y de doña Elsa, su esposa. La construcción era de

grueso adobe, tenía un zaguán de entrada y un patio interior aún más lleno de paz que el de la Biblioteca. A esa puerta nosotros no tocábamos. Tocábamos a otra puerta de la misma casa. Era una puerta de madera con vidrios, a la mano izquierda de la principal, que tenía mensajes escritos, en cartulinas que decían: "No estoy, volveré", "Salí al correo". En estos casos aguardábamos el regreso de don Joaquín. Pero, cuando una de las hojas de la puerta, estaba abierta, simplemente entrábamos, para encontrarnos con él, vestido con una especie de delantal, tijeras en mano, preparando un número de su *Repertorio*, corrigiendo pruebas o consultando libros. Ora de pie, ora sentado ante su escritorio, que quedaba frente a la puerta, iluminado por la luz que le venía de la calle. Las paredes estaban cubiertas de anaqueles con libros, recortes, sobres de correspondencia, en un claroscuro que nos recordaba los cuadros de Rembrandt. A este cuarto seguía otro cuarto, lleno también de libros, con una puerta que se abría al patio interior.

¿Cómo era don Joaquín? He aquí, un retrato trazado por doña Victoria Garrón de Doryan, en la serie *¿Quién fue y qué hizo?* del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes: "Este hombre de pequeña estatura, de mejillas sonrosadas, de frente amplia y expresión serena, le dio más renombre fuera de sus fronteras a Costa Rica, que cualquiera otro de sus conciudadanos".

Para mí, don Joaquín vive en mi recuerdo, como un hombre sencillito, campechano, bondadoso, humilde, que escribía las iniciales de su nombre con minúsculas: j. g. m. En cambio su alma era grande, su vida interior muy rica, su mente despejada, su corazón muy humano y su voluntad muy firme. Al escribir las iniciales de su nombre, por un imperativo de conciencia, me siento obligado a escribirlo sólo con mayúsculas.

En su temperamento se armonizaban maravillosamente los significados caracterológicos de su nombre de pila y de sus apellidos. Por García, la fina astucia, el penetrante olfato del zorro, que le permitía advertir las aviezas intenciones de los demás y los motivos encubiertos de su conducta. No era fácil atraparle o tomarle desprevenido. Por Monge, amó la soledad, el silencio. Tenía más de anacoreta que de hombre de mundo. Su oficina era más bien cueva pequeña que sala ministerial. Por Joaquín, como lo explica Martín Alonso, él fue siempre como una sólida base, firmemente establecida.

Gracias por haberme dado esta oportunidad de hablar acerca de don Joaquín.

8 de agosto de 1974.

El otro "Repertorio" *(Viene de la página 6)*

tros. Por lo demás, otras preocupaciones nos llaman urgentemente en estos días; el problema de las futuras relaciones de la América sajona y la latina, la realización de la anfictionía hispanoamericana con que soñara el Padre Bolívar, la creación de fuertes vínculos espirituales entre las

cuatro Españas y los países latinos del Mediterráneo. ¡Hay tarea para tantos, si quisieran trabajar! Por lo pronto, los claros varones de la estirpe americana —y Bello es uno— desde el cielo de nuestra América vigilan, listos para la acción, porque hay mucho que hacer todavía. Seamos leales a su obra y a su memoria, escuchemos sus consejos y que ellos, los próceres, nos guíen por la recta senda.

A propósito del cuento "Una Extraña Visita" de Joaquín García Monge

Benedicto Viquez

Cuando intencionalmente se busca en las obras literarias, posibles influencias, fuentes y correspondencias, son muchas las sorpresas que emergen al investigador. Es por lo mismo que suelen darse juicios variadísimos, unos que censuran y otros que aprueban. Aparecen elementos y a veces textos que anteceden a posturas, técnicas, y formas posteriores. Lo extraño de todo esto es la falta de rigurosidad científica depuesta al afán especulativo y a la noticia sensacionalista. Las razones que nos mueven a plantear este juicio son muchas y variadas. Los críticos que trabajan en este tipo de investigación, se fundamentan esencialmente en el nivel temático. Obvio es deducir los resultados, ya que son múltiples las coincidencias que pueden darse bajo este tópico. Temas como el amor, lo misterioso, lo extraño, lo religioso, lo trágico, lo existencial, etc., han desvelado a escritores de todas las épocas y latitudes. También acostumbran entresacar versos, frases o a veces personajes que en alguna medida se parecen a otros de épocas recientes. Somos del criterio contrario; creemos que no es en las partes aisladas y casuales donde se podrían realizar comparaciones. Aún más, encontramos esas investigaciones carentes de todo interés, tanto para la ciencia literaria (crítica) como para la historia literaria.

En algunas oportunidades se ha citado el cuento de J. García Monge *Una extraña visita* como una muestra del actual cuento fantástico. Con esta apreciación se coloca a J. García Monge como precursor del género y en última instancia se revalora literariamente un cuento un poco olvidado. De esta manera se resaltan los logros y aciertos de un literato ya desaparecido (1958), pero revisando las características del "género fantástico" encontramos que el mencionado cuento no se ajusta a éstas, lo que no quiere decir que carezca de valor literario, como lo veremos más adelante. El hecho de que en un cuento aparezca un elemento extraño que participa en alguna medida de un mundo diferente al suyo, no es causa suficiente para afirmar que éste sea un cuento fantástico y menos para señalar a García Monge como precursor del género en Costa Rica.

Si revisamos las ideas que los críticos poseen de este género nos sorprendemos ante la disparidad de criterios. El diccionario de literatura de Federico Carlos Sainz, dice al respecto: "Fantástico: Del Griego *fantasis*, imaginación. Comprende este género literario las obras de imaginación cuyos temas, personajes, acontecimientos, sentimientos, quedan fuera del mundo real. El dominio de lo fantástico es lo sobrenatural, es decir, algo maravilloso que nos aproxima a ciertos hechos desconocidos que no sabemos interpretar debidamente y que atribuimos a la voluntad y poder de invisibles divinidades. Lo fantástico es a la imaginación lo que lo maravilloso para la fe".⁽¹⁾ Y continúa dando ejemplos que van desde los poemas míticos griegos hasta Franz Kafka. A tal definición no escapa ningún producto literario. Lo que ocurre es que el autor coloca lo fantástico en el plano temático "los presentimientos, la locura, las alucinaciones, los efectos de los narcóticos sobre la inteligencia, supuestas re-

laciones entre los vivos y los muertos, las supersticiones, las coincidencias inexplicables, las influencias misteriosas, la doble vida de los seres, los sueños portentosos", son motivo de encasillamiento. Fácil, resulta sostener, y sin la menor duda, que nuestro cuento, objeto de estudio, es fantástico.

Alberto Manguel en el prólogo de la *Antología de la literatura fantástica argentina* define la literatura fantástica así: "se aplica al género literario que admite en la realidad de su texto la existencia, o posibilidad de existencia, de elementos —seres, cosas, lugares o hechos— sobrenaturales que irrumpen en un mundo que es, aunque literario o ficticio, posible".⁽²⁾ Esta definición se acerca mucho más al ámbito de lo definido, no obstante pensamos que deja dudas, por cuanto no especifica una definición de literatura, sus niveles y sus estructuras. Todavía bajo esta definición puede introducirse el cuento *Una extraña visita*.

Tzvetan Todorov lo define de la siguiente manera: "exige (lo fantástico) tres condiciones. En primer lugar, es necesario que el texto obligue al lector a considerar el mundo de los personajes como un mundo de personas reales, y a vacilar entre una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados. Luego, esta vacilación puede ser sentida también por un personaje; de tal modo, el papel del lector está, por así decirlo, confiado a un personaje y, al mismo tiempo que la vacilación está representada, se convierte en uno de los temas de la obra; en el paso de una lectura ingenua, el lector real se identifica con el personaje. Finalmente, es importante que el lector adopte una determinada actitud ante el texto: deberá rechazar tanto la interpretación alegórica como la interpretación poética".⁽³⁾ "Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural".⁽⁴⁾

Parece que Tzvetan Todorov encontró la clave que tantos y tan variados críticos anhelaban hallar. Sólo echamos de menos un análisis del concepto de literatura que aparentemente él da por sabido y además, una aclaración entre lector implícito y lector social y su papel fundamental, en cada caso, en este tipo de literatura.

Nos colocamos así en el límite mismo de lo que es y lo que es otra cosa. Debemos revisar antes, como nos lo indicaba Vladimir Propp en su famoso estudio del cuento popular maravilloso⁽⁵⁾ la estructura que nos permita encontrar una constante, la ley invariable que posibilita la tipología de un género. Lo invariable, que por casualidad, suelen ser los personajes, el tipo de pruebas, etc., no nos conduce al esclarecimiento de una ley de estructura.

Debemos partir de ciertos principios fundamentales. Tal es el caso de que la literatura es ficción, irreal, artificio. "Sacar al arte de su propia condición y embozarlo en otra, no es más que destruirlo, obligándolo a servir a una causa que dispone de otros instrumentos para sus usos.

"De esto no se deduce que el arte nace de una actitud anodina; que no es útil al hombre y a la sociedad, que no tiene relaciones con la vida. Util en la medida de lo que es, "interesado" en cuanto no se desvincula del contorno por la índole transitiva de la emotividad que lo impulsa y lo proyecta; vital, porque la vida misma del hombre lo promueve, lo sostiene y lo nutre. Sin embargo . . . Nadie puede bañarse en un estanque de Manet, entre sus nenúfares; nadie puede pasear por los jardines ni transitar por los corredores del Marienbad de Resnais, nadie puede beber el vino del estío de Bradbury, sino irrealmente, en imagen".⁽⁶⁾

Dos son los niveles, entonces, que debemos especificar: el nivel real, concreto, del mundo circundante en que nosotros nos movemos, y el nivel de la obra literaria, irreal, imaginado, creado, evocado, representado. Ambos totalmente diferentes y de distinta naturaleza. Uno palpable, evidente, real y el otro, irreal, posibilitado por la palabra, el color o los sonidos. Cada obra de arte se convierte así en un punto de vista, una imagen, una sensación provocada y estimulada por el mundo de los objetos y los seres. El primero (mundo real) provoca, estimula, permite y posibilita, al segundo. ¿Cuál es pues la relación óptica que se podría establecer entre estos dos seres de distinta naturaleza y que se nos presentan tan ligados? Esta es la pregunta que ha desvelado a pensadores, y críticos del arte en general. Nosotros creemos que precisamente la explicación del cuento fantástico nos conduce a este vasto panorama que abre la anterior problemática.

Un segundo principio básico es que la obra literaria presenta una estructura, esto es, ópticamente se configura como una estructura.⁽⁷⁾ Y lo que es más revelador, tal estructura se manifiesta bajo una oposición dialéctica. Es de este modo cómo dentro del mundo creado, las imágenes pueden establecer dos niveles estructurales opuestos: uno real y otro irreal o lo que es lo mismo, uno posible (real) y el otro "no posible" (irreal), ambos, eso sí, imaginados, representados. La obra creada establece una lógica interna que rige y determina el comportamiento de cada uno de los elementos que integran su totalidad.

Observamos así, cómo la literatura fantástica se sustenta en el principio anterior. El ámbito de su mundo se configura bajo el dominio de estos dos planos. Ofrece, este género, dos secciones opuestas (real/no real) que adquieren su significado en su mutua presencia e interacción. Es de esa manera cómo el plano que se presenta al lector social, como real, poco a poco, en su mismo desarrollo, se va transformando en irreal, en la medida en que éste, cobra, cada vez, mayor autenticidad o veracidad con lo que logra, en un determinado momento, ocupar el lugar de lo real. Este proceso, precisamente, en el clímax, provoca, en el lector, no sólo sorpresa sino asombro; actitud ésta que es de agresión por cuanto rebasa los límites de una lógica convencional. El hecho de que el lector deba o no interpretar tal cambio, ya sea dándole una explicación lógica o aceptando el mundo de las imágenes, es secundario. Lo que sí nos parece fuera de las técnicas, propias del género (estructura) es una explicación lógica "a posteriori" por el narrador; creemos que pierde su carácter esencialmente fantástico y se destruye el mundo que se había creado.

Si tomamos el cuento *Una extraña visita*⁽⁸⁾ y lo analizamos, llegamos a la conclusión de que este cuento carece de lo esencial para determinarlo como fantástico. Veamos algunas razones.

La primer secuencia presenta un narrador en primera persona, desde una perspectiva temporal pasada con respecto a lo que intenta narrar, "Anoche, como a las tres de la ma-

ñana, cumplí veinticinco años". Nótese la localización temporal precisa "tres de la mañana". Estos datos concretos contrastarán, como luego veremos, con "la extraña visita".

Inmediatamente que introduce, que posibilita la acción, cambia el punto de vista del narrador; es así como de una primera persona gramatical, se traslada al índice llamado de tercera persona. Este cambio es fundamental, ya que permite un alejamiento en la vivencia de las imágenes y un dominio mayor y de más propiedad del mundo narrado. Así podrá asistir, desde arriba, a las escenas, que él mismo experimentó. Es el pasado que de preferencia utiliza la tercera "persona" para narrar. No hay que confundir las llamadas personas gramaticales con las perspectivas o puntos de vista del narrador. Siempre, en todo discurso, ha de haber necesariamente un "yo" que dice algo a un "tú".

El esquema que se obtiene es el siguiente:

Yo/ yo nací / tú

Yo/ tú naciste / tú

Yo/ él nació / tú

Se desprende del anterior esquema que siempre, sea cual sea la perspectiva, hay un "yo" que enuncia, ya sea a él mismo, a un tú o un él. Fácil es deducir que nuestra segunda secuencia entonces se presente en una perspectiva de omnisciencia. La ventaja será, poder narrar las más insignificantes minucias que escaparían a la lógica limitada de un narrador protagonista. El paso de estos dos planos narrativos permite destruir el tiempo cronológico (de la primer secuencia) para ingresar en un pasado histórico. Es un revivir un acontecimiento ya acaecido, pero que se tiene interés de contar. Aunque se introduce un acontecimiento un poco inusual "recibí una *extraña* visita", no obstante se mantiene aún una atmósfera dentro de un plano real.

El espacio, escenario del acontecimiento, cobra mucha importancia: Un dormitorio. Si recordamos que la visita se realiza a las tres de la mañana, y es precisamente en un dormitorio donde se lleva a cabo, toda posibilidad de dudar y confundir los planos queda descartada desde su simple enunciación. Se nos presenta como un indicio demasiado evidente, ya no tenemos derecho a sorprendernos y menos a sentir agresividad. El actante, y luego se comprueba a la saciedad, sin llegar al desenlace, sueña lo que posteriormente evoca en su narración. Elementos como los siguientes son muestra de lo que afirmamos: "Por fin resolvió sentarse a la orilla de la cama en que yo dormía apaciblemente", "yo dormía de espaldas . . .", "Llegó un instante en que me moví, como al despertar". Cuando el lector recibe tanta información que explica y certifica que los sucesos se desarrollaron durante un sueño que tuvo, no es posible confundirlo (el cuento) con la literatura fantástica. Aún más, el narrador de tercera "persona" (como índice lingüístico) representa un mundo que podemos dividir en dos planos:

Lo que vio: "piso sin barrer, lleno de arena, sucio, cubierto de fósforos quemados, colillas de cigarro, bodeques de papel". En conclusión lo que vio fue que "todo era sucio, desagradable y triste".

Lo que no vio fue: "Libros que expresaran la dicha de la vida, gloria del sol, del cielo de esta tierra fecunda y admirable; poemas de amor que cantara la dignidad del amor. . ." Esto es, en definitiva no encontró "la amorosa mano de la dulce amiga que pone orden, limpieza y encanto en todo lo que toca".

Esta doble representación, por presencia y ausencia, no representa los dos planos que apuntábamos y que eran indispensables en todo texto fantástico, ya que nunca alcanza, ninguno de los dos, el nivel irreal. Es, eso sí, una ley de estructura que fundamenta y esencializa este relato. Bajo esta ley de oposición dialéctica "presencia/ausencia" se configura el cuento: Empieza la narración que introduce la "extraña visita" por mirar la totalidad del cuarto, el escenario, luego continúa con los detalles "mesa de estudio", "baúl", "palmaria", etc. De lo general a lo particular y lo que se nos presenta más significativa: de lo concreto a lo espiritual, ya que, el último en observar, fue al actante. Ve en él "años consumidos tristemente en la soledad y en el estudio, ajenos a todo lo que hace en realidad dichosa y digna de vivir una existencia, por vulgar que parezca, sin disfrutar de la amorosa compañía de una mujer joven y estimable por su resolución, su sensibilidad y sus ideas".

Si vamos más allá de lo que se pretendía (demostrar que no era fantástico) y nos adentramos en la ley de estructura y tratamos de desentrañar el nivel en el que se pueda homologar (la ley de estructura) con las estructuras inconscientes sociales, nos hallamos con algunas sorpresas. Como se desprende del texto, la necesidad que motiva y genera el relato es de una mujer. Ahora bien, de acuerdo a lo que se presenta como ausencia, ésta será una compañía que le asee su casa, le limpie la ropa, le cuide, en otras palabras, una madre o un ángel de la guarda. La mujer se nos presenta, no como necesidad existencial, vital, sino como una utilidad,

un objeto de uso. En ningún momento del relato, —aun cuando la visita entra en algo íntimo del hombre: su dormitorio—, se llega a entrever el menor atisbo vital. Es, esta mujer, símbolo ideal del tipo de mujer, que en un determinado momento histórico, el hombre costarricense configuró inconscientemente. La homología estructural de estos dos planos la encontramos valedera. Ya lo decíamos al inicio del trabajo. Es aquí donde no parece posible la empatía de estos dos mundos, uno creado del otro, imagen de él pero diferente como objeto y como creación.

La obra literaria ha logrado crear una imagen del mundo real:

Hombre:

Mujer ideal

Mujer concreta

Hombre:

Individuo

Social

La visión e interpretación de la mujer en el hombre obedece a estructuras inconscientes sociales, y cuando alguien como en este caso J. García Monge, plasma una obra de arte, aunque no lo quiera, si esta es tal, deja oculta, velada, una ley de estructura que nosotros podemos comprobar en las estructuras sociales del mundo concreto en que se dio la obra.

6 de setiembre de 1974.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

(1) SAINZ, FEDERICO CARLOS. *Ensayo de un diccionario de literatura*, tomo I, pág. 495, de Robles, 2ª Ed. Aguilar S. A. Madrid, 1954.

(2) MANGUEL, ALBERTO. *Antología de la literatura fantástica argentina*, Kapelusz Bs. As. 1973, Prólogo.

(3) TODOROV, TZVETAN. *Introducción a la literatura fantástica*, Ed. Tiempo contemporáneo, S. A. Bs. As. 1972.

(4) TODOROV, TZVETAN. Op. Cit.

(5) Véase el libro, *Morfología del cuento* (maravilloso) del ruso Vladimir Ja. Propp, Crítica y narrativa, Juan Goyanarte, editor, Bs. As. 1972. También se puede consultar la obra *Estudio estructural y ti-*

pológico del cuento, de E. Meletinski, Rodolfo Alonso editor, Bs. As. 1972.

(6) VÍTTORI, JOSE LUIS. *Imago Mundi, notas para una morfología de la imagen literaria*, Rodolfo Alonso editor, Bs. As. 1973.

(7) RICOEUR PACI VERSTRAETEN, CLAUDE LÉVI-STRAUSS. *Problemas del estructuralismo*, Ed. Universitaria de Córdoba, Argentina, 1967.

(8) GARCIA CARRILLO, EUGENIO. *Joaquín García Monge, Obras escogidas*, Ed. Universitaria Centroamericana EDUCA, Centroamérica, 1974. Pág. 340 *Una extraña Visita*, Valores Literarios de Costa Rica, 1920.

(Continuación de *Unidos por la Cultura*. Pág. 10)

... en los Estados Unidos existen alrededor de 200 cátedras de literatura, historia y cultura iberoamericanas. Os estáis colocando en condiciones de conocernos bien. Por desgracia de las Universidades américo-hispanas carecen de otras tantas cátedras dedicadas a estudios de los movimientos culturales, espirituales de los Estados Unidos. (Apenas si hay una que otra dedicada a conocer los de Hispanoamérica). Nuestra América, la que habla español y portugués, necesita institutos de cultura superior norteamericana en

donde se puedan apreciar las poderosas corrientes de arte, ciencia, letras y filosofía que circulan en el organismo espiritual de los Estados Unidos.

Este mutuo conocimiento de cuanto somos —y es mucho—; esta generosa aspiración a ir juntos a la cita con nuestro común destino, nos hará invencibles. Estaremos unidos por la cultura, amasada con sangre y espíritu.

Una Extraña Visita

Joaquín García Monge

Valores Literarios de Costa Rica, 1920

Anoche, como a las tres de la mañana, cumplí veinticinco años de vivir en el mundo. Todos ignoran esta fecha y es natural, porque a nadie le interesa. Yo mismo no la habría recordado, como tantas veces me ha sucedido, pero una extraña e inesperada visita que recibí me trajo su recuerdo.

Entró en mi dormitorio deslizándose cautelosamente por las paredes, por el suelo, como temerosa de despertarme. Vestía un lindo traje blanco y en su rostro aleteaba una encantadora expresión de dulzura. Su cuerpo resplandecía de tal modo que iluminaba la estancia con luz de cocuyo.

Tímidamente anduvo por el dormitorio, examinándolo todo en la más infantil curiosidad. Vio el piso sin barrer, enarenado con la arena que diariamente recogían mis zapatos en la calle, sucio, cubierto de fósforos quemados, colillas de cigarrillos, bodeques de papel.

En una de las esquinas del cuarto una guitarra estaba de pie, con dos cuerdas rotas y enmohecidas las clavijas, sin uso; en el interior de la cámara resonante una arañita sedentaria había tendido sus hilos de plata.

Examinó los libros de la estantería y sus ojitos de luz no vieron más que gramáticas, psicologías, lógicas y estudios de literatura arcaica. Esto que veía la dejó pensativa por varios minutos. Probablemente reflexionaba en la severidad de aquel entendimiento humano que se sustentaba con lecturas así. Allí no encontró ningún libro que expresara hermosamente la dicha de la vida, la gloria del sol, del cielo, de esta tierra fecunda y admirable; ningún poema de amor que cantara la dignidad de la especie, la necesidad de reproducirse, de perpetuar la raza, la salud, los ideales. ¡Allí no había nada de esto!

Disgustada, se retiró para examinar con cuidado las gavetas de mi mesa de trabajo. Allí no encontró más que papeles en confusión, cuartillas escritas, recortes de periódicos; no halló una carta, un retrato de mujer, una cinta recogida al pasar, una flor marchita, algo, algo que indicase las huellas de algún amor vivido dulce y dignamente con alguna mujer sensible, bondadosa y pura. De esto no había allí nada, nada...

Desconsolada, apartó los ojos y echó un vistazo a las altas paredes de mi dormitorio y las sintió desnudas, de un color verde claro, sin una de esas relojas que tejen laboriosas manos femeninas, sin un medallón de terracota o de yeso, sin un cuadro de arte, sin un petatillo cubierto de retratos de amigas hermosas y queridas, sin un liencito amable de esos que la novia artista y delicada pinta con mano fina, como un recuerdo para su novio que la comprende, la respeta y la admira.

Notó que mi mesa de estudio estaba empolvada, sucia, llena de libros en confusión, abiertos al principio o en la mitad, puestos boca abajo, aplastándose los unos a los otros. No vio allí un jarrón con flores frescas, bien olientes, colocadas en la mañanita por la mano cariñosa de la compañera para que alegren y perfumen el gabinete de estudio del amigo que trabaja y piensa; con esas lindas flores cuya compañía tanto agrada a los hombres de corazón, flores enviadas por la novia adorable o recogidas con ella en el jardín público o en el camino por donde juntos pasaron la última vez que se vieron.

Con mucha precaución abrió el baúl que contenía mi ropa y con pena advirtió allí el mismo desorden y abandono. Los trajes sucios amontonados, sin aplachar; los cuellos y las corbatas por aquí o por allá; las camisas, las medias agujereadas y los pañuelos sin esas marcas y remiendos que las mujercitas diligentes y cariñosas les ponen a las ropas de sus compañeros o hijos para distinguirlas de las otras.

La extraña visita bien pronto supo esto: que en mi cuarto era todo sucio, desagradable y triste; que allí sentíase por completo la ausencia de la amorosa mano de la dulce amiga que pone orden, limpieza y encanto en todo lo que toca.

Quiso descansar un rato, pero no halló en dónde; yo sólo tenía una silla, la que me sirve para sentarme a escribir todos los días, ocupada en ese momento con el sombrero, el saco, los pantalones y demás ropa de uso diario. Es cierto, la visita no halló en dónde sentarse. Quedaban dos bancos cuadrados y bajos: el uno, con la palangana en que me lavaba la cara, las manos y el pecho al levantarme; el otro, que me servía de velador y estaba junto a mi lecho. La curiosa visita se acercó a examinarlo también y encontró allí una palmatoria sin limpiar, repleta de esperma, un verdadero cementerio de palillos de fósforo, pavesas negras quemadas y mariposillas nocturnas. No hay duda, en aquella palmatoria se habían consumido muchas velas, unas después de otras, para iluminar tantas de mis largas vigilias reflexivas. Junto a la vela descansaba entreabierto *El libro de las tierras vírgenes* del fuerte Rudyard Kipling; un lápiz señalaba el sitio en donde la lectura se había interrumpido poco antes.

Por fin resolvió sentarse a la orilla de la cama en que yo dormía apaciblemente. Con ternura se reclinó junto a mí, puso más luz de cocuyo en sus lindos ojos y me observó largo rato. Yo dormía de espaldas, con los brazos tendidos en cruz, fuera de la sábana. Algo notó en mi semblante que la hizo pensar. Sin duda la expresión de mi rostro dormido, la amplia serenidad de la frente meditativa, el gesto amargo que asomaba junto a los labios, gesto melancólico, del hombre joven que no está contento con su vida presente, que tal vez sueña con la gris uniformidad del trabajo penoso que vendrá al otro día, siempre el mismo, siempre el mismo. Pienso que una lágrima de sentimientos se desprendió de los claros ojos de la extraña visita. Y allí permaneció largo rato, reflexionando tal vez sobre aquellos veinticinco años que dormían a su lado, años consumidos tristemente en la soledad y en el estudio, ajenos a todo lo que hace en realidad dichosa y digna de vivir a una existencia, por vulgar que parezca, sin disfrutar de la amorosa compañía de una mujer joven y estimable por su resolución, su sensibilidad y sus ideas.

Llegó un instante en que me moví, como al despertar. Entonces la visita se alejó con rapidez, de tal modo que cuando clavé los ojos en la oscuridad, apenas alcancé a distinguir que por la ventana alta de mi dormitorio, un rayo de luna salía como entró, vestido de blanco, temeroso, deslizándose cautelosamente.

1906